

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII

San José, Costa Rica **1934** Sábado 17 de Febrero

Núm. 7

Año XV. No. 671

SUMARIO

"Allá lejos y hace mucho tiempo".....	Roberto B. Cunninghame Graham	El cardenal.....	G. E. Hudson
Guillermo Enrique Hudson y su amor a los pájaros...	Jorge Casares	Carta alusiva.....	Enrique Espinoza
Una nota sobre el genio de Hudson.....	Edward Garnett	Guillermo Enrique Hudson. Sus últimos instantes.....	Morley Roberts
Horneros.....	G. E. Hudson	Libros y autores.....	
		Hudson y la Naturaleza intangible.....	Emiliano Mac-Donagh

Homenaje a Guillermo Enrique Hudson

(Iniciativa y colaboración de ENRIQUE ESPINOZA. Buenos Aires)

"Allá lejos y hace mucho tiempo"

Por ROBERTO B. CUNNINGHAME GRAHAM

= De Trapalanda. Buenos Aires =

De todos los libros que escribió Hudson éste es, acaso, el que refleja mejor su propia personalidad.

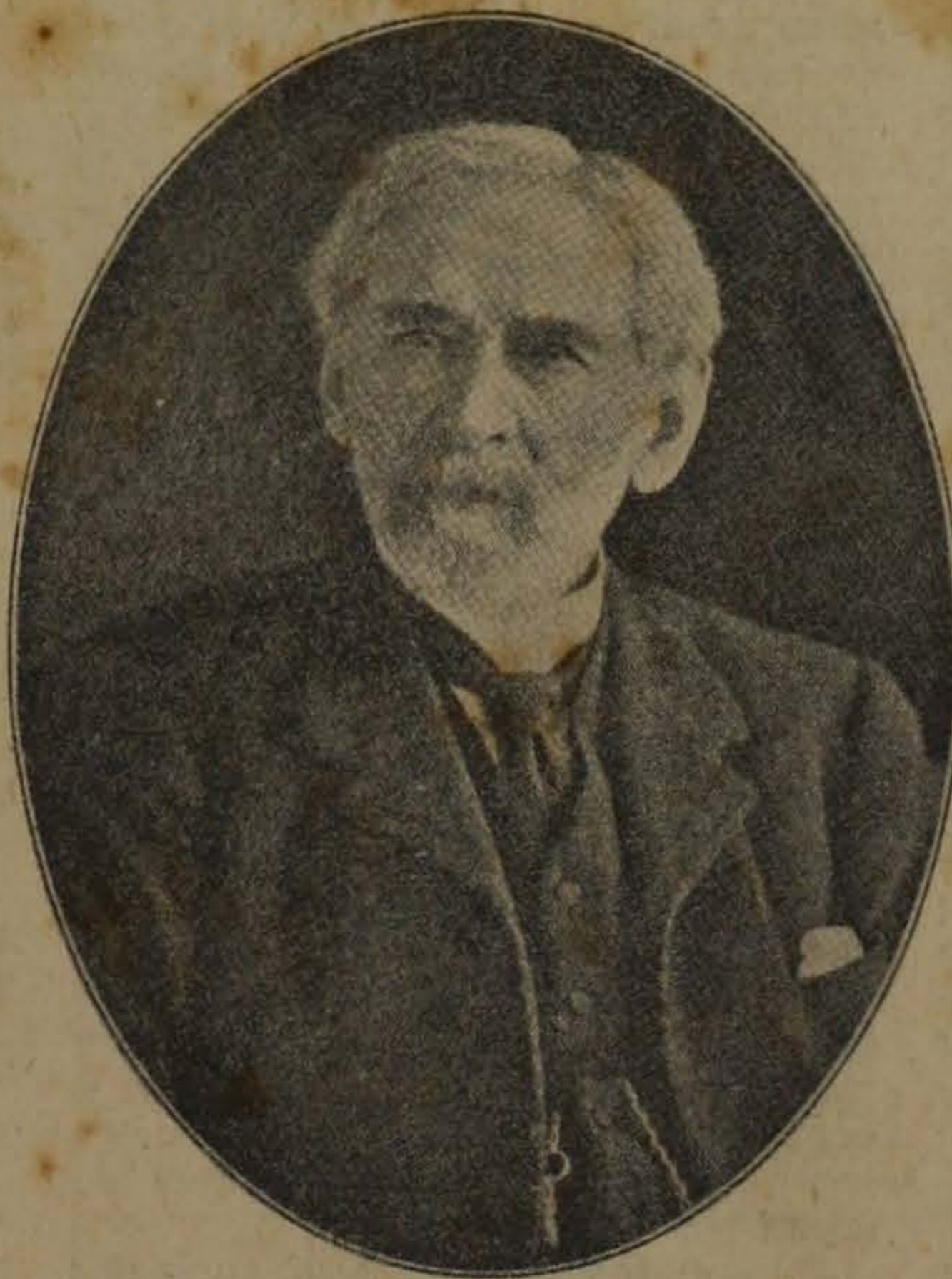
Ha de haberlo escrito con el mismo espíritu con que escribió *The London Sparrow*, afanosamente, en el triste ambiente de ladrillo y argamasa, de calles húmedas de alquitrán, con la mirada puesta en los brillantes pájaros que había conocido allá lejos y hace mucho tiempo.

El título es hermoso en sí; pero Hudson fué siempre feliz en la elección de sus títulos: *The Purple Land*, *Green Mansions*, *El Ombú*, *A Hind in Richmond Park* y *Birds in London*.

El mismo fué un pájaro en Londres, preso en la enfermedad y en la pobreza, imposibilitado de huir, sino en raros intervalos, a su propio mundo de luz y de aire.

Como esos necios crueles que, según dicen (y quizá creen) sacan los ojos a los pájaros para hacerlos cantar más dulcemente, así un mundo cruel había apresado a Hudson en su jaula de Londres. Por suerte, no obstante su desconsideración hacia un genio tan extraordinario, no pudo anular su canto. Muchos han escrito acerca de su gran sencillez, de su arrimo a la naturaleza, y de su estilo que parece tan espontáneo como el trino y el gorjeo del ruiseñor.

Confieso que durante mucho tiempo, tanto yo, como una autoridad más competente, José Conrad, estuvimos desconcertados. Conrad que escribió con sangre de su alma, envidiaba a menudo la maldita facilidad de Hudson. Yo también creía que él se sentaba y escribía y escribía sin corregir, hasta que la mucama de su humilde pensión, entreabriendo la puerta con una mano roja



Guillermo Enrique Hudson

y sucia, metía la cabeza para decir: "Mr. Udson, señor, su sopa se está enfriando". Entonces me imaginaba que Hudson respondía: "Ah, la sopa? Oh, sí, gracias", y seguía escribiendo hasta que la muchacha volvía otra vez para decirle que no le gustaba arruinar los buenos platos.

Tenía yo olvidado el dicho de Byron: "su fácil escribir lo hace endiablada-mente difícil de leer".

Cuando Hudson partió para juntarse con su viejo Zango en Trapalanda, donde supongo que cabalgan felices, — el uno por no sentir más el hedor de las

calles de Londres, el otro por no sufrir más la cruel espuela que "lo fastidia"—pude ver alguno de sus manuscritos. Corregidos y vueltos a corregir parecían un dibujo de Muirhead Bone de algún gran edificio en construcción con su andamiaje a la vista.

Conrad había muerto y no me fué posible consolarlo con la prueba de que Hudson no era excepción a la ley de dolor y lágrimas del alumbramiento.

Galsworthy en su hermosa introducción a *Far Away and Long Ago*, en las obras completas de Hudson, se ha ocupado de su comunión con la naturaleza, de su sensibilidad y de su estilo literario. Todo lo que dice es exacto, y lo que dice del estilo es quizá la mejor definición de ese don; que no es un arte, pues proviene de la naturaleza, como el sentido del color o la buena mano para el caballo.

Ciertamente Hudson lo poseía como el cóndor tiene el don de cernirse en la enrarecida atmósfera de los altos Andes. En ambos casos no se trata de una cosa adquirida, sino congénita tanto en el pájaro como en el hombre, desde que usaron las alas el uno, la pluma el otro.

Es posible que "la verdadera superioridad y el extraordinario atractivo de Hudson provengan de su espíritu y de su filosofía". Lo concedo. Para mí, su asombroso atractivo—sin contar todos los otros dones: su estilo, su humor apacible, su sarcasmo, y su espíritu panteísta—se debe a que en su corazón fué un viejo gaucho de las llanuras.

Si sus obras perduran, como lo merecen, destacándose igual que la extraña luz que a veces se fija por un instante

en la punta de los enormes y secos cardales de la pampa tras el viento norte que trae el pampero. (Norte duro, pampero seguro) vivirán por lo que Hudson ha escrito sobre sus llanuras nativas. Aquí y sólo aquí alcanzó plena expresión su genio.

Siempre he creído que cuando Hudson escribía sobre Inglaterra y la campiña inglesa, por bien que lo hiciera, mejor quizá, que White of Selborne o Richard Jefferies, todavía estaba, como dicen los gauchos, bailando en las plumas. Verdad que sus plumas eran tan livianas que apenas si le entorpecían la danza; pero por poquito que fuera daba la impresión de que al escribir pensaba acaso en las tierras de sol, en las lagunas frecuentadas entonces por bandadas de aves: cigüeñas, garzas, íbices, flamencos, espátulas, becacinas, perdices, innumerables patos salvajes y cisnes magallánicos de cabeza negra.

A veces casi he creído que él no pensaba; sólo dejaba correr su pluma como evocando la antigua vida que era su destino no volver a ver nunca más.

En verdad, yo sabía, como lo sabían Conrad y el mismo Hudson, que esos pasajes que parecían exhalados como sin querer sobre el papel, debieron costar infinitas penas; pero es difícil dejar de creer en los milagros. Nadie, ni aun los argentinos que han escrito sobre su propio país en su lengua nativa, han escrito acerca de la pampa mejor ni tan bien como Hudson, que hace unos sesenta años la dejó—casi intacta desde la creación del mundo—para pasarse la vida en Bayswater y no volver a verla más.

La pampa, donde ambos hemos pasado nuestra juventud, es lo que más me atrae en la obra de Hudson. Descuento el estilo, la sensibilidad, el arte semi-inconsciente—inconsciente no, porque el arte no es ni será nunca del todo inconsciente — y se los cedo a todos aquellos que nunca conocieron la pampa. Ellos pueden apreciar la literatura, el amor a la naturaleza, la simpatía por todo ser viviente, la filosofía de la vida, el giro de la frase, el profundo humor, como el curso de una corriente subterránea apenas visible, moviéndose sin embargo—*eppur si muove*—; pero hay algo que ellos no alcanzan. Para apreciarlo, tendrían que haber visto ese mar de pasto agitado en ondas por el viento norte, que llena el aire de pelusas como restos del algodón flotante de un molino, extendiéndose por un millar de millas hasta el pie de los Andes y bajando hasta Punta Arenas.

Tendrían que haber cabalgado durante horas respirando el aire ardiente, bajo el sol abrasador refractado del suelo reseco; o en el invierno, envueltos en sus ponchos, haber temblado sobre el lomo de sus caballos, calados por la lluvia hasta la piel. Tendrían que haber seguido una tropa de ganado sofocados por el polvo; o en un caballo chúcaro haber perseguido guanacos o avestruces.

Sentados sobre cabezas de buey, ante un fuego de bosta y cardo, tendrían

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

que haber escuchado el lento y sentencioso hablar de los gauchos, esperando turno mientras el mate circula de mano en mano y se encienden los cigarros con una brasa levantada con la hoja de sus largos cuchillos. Nadie fuera de Hudson, por lo menos en inglés, ha pintado tan bien estas cosas. Nadie como él, ha fijado tan íntimamente todos los giros y frases del lenguaje del gaucho, ni reproducido tan bien su manera de narrar cuentos. El los conocía, como dirían ellos mismos, hasta el caracú.

Por eso, cuando escribió acerca de ellos y de la pampa ha de haber pensado en castellano. Esto escapó a la mayoría de los críticos; mas hay giros de frase—no me refiero a los que reproducen el lenguaje del gaucho, sino a los de sus escritos habituales — que para apreciarlos es preciso conocer el castellano. Esto se acentúa en él con los años, y es de observarse en *Far Away and Long Ago* y especialmente en *A Hind in Richmond Park*, que escribió con un pie en el estribo, listo para montar y pegar su último galope hacia uno u otro lugar, porque nunca estaba seguro de la existencia de una meta.

Durante toda su vida, aquí, en Inglaterra, estuvo produciendo libros, algunos de los cuales, como *A Shefferd's Life*, *Nature in Dowland* y *Afoot in England* han llegado a ser clásicos. Con todo, me parece que cuando retornó a la pampa de su nacimiento, escribió maravillas de estilo, de ternura y de perfección en el recuerdo, tales como las hay en *Far Away and Long Ago*, que parecen obra de un joven que refiere acontecimientos de la vida cotidiana, más bien que evocados a través de las neblinas acumuladas en medio siglo. Quizá las neblinas de los años fueron en realidad un alambique que consumió todo lo que no merecía ser referido, dejándonos el oro puro. Lentamente Hudson hizo su camino; pero sólo al final fué acla-

mado maestro de la lengua que Chaucer, Shakespeare, Milton, Spenser, Sidney y demás compadres han glorificado. Tal vez la primera de todas sus obras recibida con aplauso unánime, si exceptuamos *Green Mansions*, fué *Far Away and Long Ago*.

Su canto de cisne ha sido *A Hind in Richmond Park*, que contiene pasajes hermosos y raros y muchas pruebas de que lo escribió pensándolo en su casi olvidada lengua doblemente materna.

En verdad, pocos hombres han erigido monumentos más duraderos que el dejado por Hudson en sus libros. Relegado a una obscura pobreza, perdido en ese desierto de ladrillo seco y estuco, donde el hombre sin amigos está más desamparado que en una noche lóbrega en el sur de la pampa, en las selvas del Amazonas o en las arenas de Arabia, conquistó la fama, que tan raramente concede esa diosa en las batallas.

Ha sido un acierto levantar su monumento en ese parque que fué su único refugio en sus horas negras, y donde según la leyenda durmió ocasionalmente en días de pobreza. Tallado en piedra por un eminente artista, está aislado entre muchos árboles, ajeno a todo el bullicio de Londres, casi tan ajeno como si estuviera en uno de esos viejos pueblitos que tanto amó. Cuando fué inaugurado el monumento, esporádicos Babbitts lo mancharon con alquitrán, derramando así toda la crudeza de sus almas constipadas. Los perros levantan la pata contra las ruinas del Partenón.

Todo eso nada tiene que ver con Hudson, cuyo puesto en la literatura es firme, tan firme como Capella, Sohail, Riggel y Betelgeuse en el firmamento.

La fantasía y la imaginación, los retratos de hombres, los caballos, la descripción de las vastas llanuras con la mirada retrospectiva en las escenas de hace mucho tiempo y allá lejos, hacen de él un clásico tan imperecedero como Luciano de Samosata, Apuleyo o Boccaccio lo son por las escenas que escribieron para deleite de la humanidad.

Si existe una Trapalanda, Hudson debe estar allí, pues aunque Jehová le haya cerrado el camino, Gualicho lo admitirá, haciendo de él en seguida un miembro de esa mística ciudad del espíritu.

Todo debe ser como ha sido en la tierra, pero sublimado; porque el cielo para ser cielo no puede dejar de ser una prolongación de las mismas escenas que hemos amado en la vida. El acre olor que llega de las ovejas encerradas en el redil, o el del fuego de huesos está seguramente en su nariz, y el rápido viento que barre la pampa del sur azota sus mejillas cuando se larga a cabalgar en las llanuras celestes—donde ciertamente monta su Zango como lo hizo en vida.

Potros salvajes, avestruces y venados retozan a su alrededor y por encima de todo vuelan pájaros, miriadas de pájaros.

(Traducción de Oscar Coham)

Guillermo Enrique Hudson y su amor a los pájaros

= De *El Monitor de la Educación Común*. Buenos Aires. Enero de 1935. =

Por encargo de la Sociedad Ornitológica del Plata debo ocuparme de "Guillermo Enrique Hudson y su amor a los pájaros". He pronunciado el nombre a la criolla... (creo con esto no ofender los oídos del Embajador Británico, aquí presente). Sirva la traducción, por lo menos, para establecer el distingo con sus dos homónimos contemporáneos, dos William Henry Hudson: publicista y profesor de matemáticas uno en el King's College de Londres; secretario, el otro, de Herbert Spencer, catedrático luego en las universidades de California y Chicago, y autor de innumerables trabajos sobre crítica literaria.

Mas, para nosotros argentinos, la confusión no debiera ser posible aunque, fuerza es confesarlo, poco sabemos acerca de nuestro Hudson.

Hemos leído algunos de sus cuentos. "El Ombú", entre otros, consagrado como uno de los mejores relatos del habla inglesa; sabemos que su prestigio en las letras crece de día en día; y nos consta que sus descripciones,—usos y costumbres—de las aves argentinas, no han sido ni serán superadas.

Pero en cuanto se pretende situarlo en el mundo de los vivos, su figura se desvanece. Hudson, por sus modalidades, ha contribuido a que su vida resulte difícil de seguir. Además, una circunstancia particular y dramática fué causa de la deformación de su carácter, en abstraído y sombrío: a los 17 años, a consecuencia de una arreada en la pampa, bajo la lluvia, contrajo una "fiebre reumática", que lo invalidó con una afección cardíaca tan honda que la torpeza de sus médicos no tuvo reparo en declararle, a él mismo, que sus días estaban contados. A pesar del fúnebre pronóstico vivió 80 años, pero bajo la angustia perpetua de la muerte. Como reacción, se le despertó un ansia tan vehemente de vivir, un horror tal al presagio de su fin, que trató de alejar de la imaginación todo aquello que pudiera representarle la fugacidad del tiempo: ahorraba fechas en la correspondencia; ocultaba su edad, que rara vez coincide con los hechos que refiere; hombre sencillo, llegó a teñirse el pelo, y a recurrir a otros expedientes cual si con ellos despistara al destino. Era reservado, no hizo jamás una confidencia, misterioso aun para sus propios hermanos.

Se sabe sin embargo que nació aquí, a sólo 20 kilómetros de donde estamos, en Quilmes, en una quinta llamada "Los 25 Ombúes", por el año 1841 (1) en el período agudo del terror manejado por Cuitiño, y cuando nuestros campos conservaban su primitivo salvajismo libre

de cercos y de rieles. El 10 de octubre, niño de dos meses cumplidos, era traído por esos andurriales a la calle Cangallo frente al paredón de la Merced, para recibir las aguas del bautismo en la Iglesia Metodista.

Su padre—Daniel (2)—norteamericano de origen, con gotas de sangre irlandesa, y su madre (3), descendiente de un puritano del May Flower, se establecieron en la Confederación Argentina, como criadores de ganado, actividad que completaron luego con el ejercicio del comercio al trasladarse, en las cercanías de Chascomús, a la estancia "Las Acacias" (4); vieja residencia colonial, donde no faltaban la huerta y el monte de frutales, circundados por profundo foso y doble hilera de álamos de Italia. Ese fué el hogar, por largos años, del matrimonio y sus seis vástagos; donde bajo la vigilancia placida, casi mística de la madre, se mantenía el orden y la tradición en las normas cotidianas que se iniciaban con el breakfast matutino, a base de café con leche, huevos de avestruz, en tortilla, o de tero y una "renombrada" conserva de duraznos, obra maestra de Misiá Carolina Kimble de Hudson. No faltaba tampoco el alimento espiritual en una no mal provista biblioteca.

El joven Hudson recibía la instrucción posible, en aquellas, entonces, leja-

(2) Daniel Hudson nació en Marblehead, Massachusetts, E. U., el 1.º de mayo de 1804. Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 14 de enero de 1868.

(3) Carolina Augusta Kimble nació en la ciudad de Berwick, Estado de Maine, E. U., el 10 de octubre de 1804. Murió en Buenos Aires, el 4 de octubre de 1859.

(4) Según la tradición que conservan los descendientes, los padres y los abuelos de Daniel Hudson fueron propietarios de astilleros, y la voluntaria expatriación de éste, fué debida, más que a las razones de salud, al deseo de alejarse "del ambiente "Quakero" de la familia Kimble, muy religiosa y severa, tanto que los padres no permitían a sus hijos hablar en su presencia sin permiso. Trajo algún capital que invirtió en tierras y ovejas".

nías. Buen jinete a los 6 años, se explayaba como el hijo del gaucho, en perpetuas correrías sobre su petizo, diestro en las artes de bolear chorlos y cazar perdices con caña y cerda, y afanoso por encontrar variedades, para él nuevas, que por la noche describía a sus hermanos mayores, al amor de la lumbre, en la vasta habitación, presidida, en efigie, "por el gran hombre" (habla Hudson) Don Juan Manuel de Rosas.

A su traviesa penetración nada escapa. En el rigor del invierno, en los contados días, tibios de sol, "confortantes" y serenos, se divierte en atisbar las pocas golondrinas que aparecen "sin que nadie pueda adivinar de dónde"; extrañado por la incógnita, aun en pie, del letargo invernal de las golondrinas. Desde esa época, feliz entre todas, principia a cosechar el caudal inmenso de impresiones visuales y auditivas, que guardará como su máspreciado tesoro, y que han de servirle de inagotable fuente para sus obras, escritas traspuesto el medio siglo de existencia.

Creció y se hizo mozo sin más aspiración que "conservar lo que ya tenía": "contemplar el cielo y la herbosa tierra húmeda de rocío"; en continuas andanzas, solitario casi siempre, "absorbiendo" como él decía "el aire puro a bocanadas como una aspiración de vida eterna"; anotando en todo momento los resultados de sus observaciones, reiteradas y constantes, sobre la biología de las aves; en incansable acecho para repetir experiencias que confirmaran sus notas.

Fué un gaucho vagabundo que entre los gauchos vivió, y con quienes tenía afinidades, hasta físicas, en los ojos pequeños de mirada penetrante y las orejas separadas, como para auscultar el desierto. Como ellos conservó una nunca desmentida cortesía, indiferencia para los fuertes y el invencible atractivo por las interminables charlas de fogón, en las cuales le sorprendía el amanecer. Como ellos, también, enrolado en la Guardia Nacional, rindió tributo a la tierra en que naciera... Esa tierra que recorrió hasta más allá de Río Negro,

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome **"Selecta"**

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

(1) El 4 de agosto.

protegido por su poncho patrio, y su revólver que en alguna ocasión contuvo el ataque del indio, en encuentro frente a frente, sin más compañía, en la soledad, que un caballo de tiro y el consuelo de su pipa.

La primera exteriorización de sus actividades ornitológicas fué el envío de una colección al Smithsonian Institution de Washington, compuesta de 265 pieles y repartidas en 96 variedades, de las cuales 14 no estaban incluídas en la lista de Burmeister, la más completa hasta esa fecha. A esta colección se le atribuyó tal importancia que de los Estados Unidos fué remitida a Inglaterra para que la estudiaran Sclater y Salvin, quienes dieron cuenta de sus resultados en una sesión de la Zoological Society en febrero del 68. Entre las aves desconocidas por la ciencia de entonces, figuraba la que vulgarmente llaman "Tirurirú del campo" y que, en honor a su descubridor, recibió el nombre técnico de *Cranioleuca Hudsoni*. Otra de las que lleva su nombre es un pariente de la "viudita" el *Cnipolegus Hudsoni*.

La Zoological Society comienza a publicar las comunicaciones enviadas desde aquí el mismo año 68, y ellas son la base de los dos volúmenes que tratan de las aves del Plata (*Birds of La Plata*), especialmente interesantes por ser la única obra que describe las de nuestro distrito.

Los elementos de información en esa época eran menos que rudimentarios. Como auxilio a su absorbente afición sólo tenía la obra de don Félix de Azara, sobre "Pájaros del Paraguay y Río de la Plata", escrita casi un siglo antes y publicada en 1802. El campo de observación no era exactamente el mismo para ambos autores: el de Azara comprendía las regiones tropicales, con su riquísima avifauna; el de Hudson se limitaba al Río de la Plata y norte de Patagonia. Azara describió 448 especies, algunas de ellas superpuestas, quiero decir que presentó como tipos distintos, a individuos que sólo se diferenciaban por la edad o el sexo; las de Hudson se limitaban a 233. Me refiero exclusivamente a la parte personal de su obra, porque en la "Argentine Ornithology", en la que colaboró Sclater, alcanzaban a 434. A título informativo agregaré que actualmente se registran 1962 especies argentinas, de acuerdo al catálogo próximo a publicarse que preparan los señores Steullet y Deautier.

Con los pájaros cuya "biografía" escribió llega a tener un trato íntimo, diré así, comenzado en su niñez, y mantenido por sucesivos y continuos estudios: analiza el vuelo de las perdices; las modulaciones de nuestra calandria, que la considera entre los cantores "como el diamante entre las piedras"; no se contenta con la socorrida descripción del plumaje, sino marca rasgos típicos, sorprendentes detalles sobre costumbres; sigue todo el desarrollo en la construcción de los nidos, señala curiosidades como la danza con que los te-

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

ros reciben a sus visitantes y es el primero en percibir características anatómicas como las de la conformación intestinal de la martineta, que originaron las indagaciones del sabio investigador Frank Beddard.

Desde entonces su amor a los pájaros influye en sus juicios y opiniones. Rosas le merecía un alto concepto, inculcado por su padre, quien fuera de extranjero y campesino veía en el Tirano—rubio y de ojos azules—, a un ejemplar de raza, superior a la de su ambiente, y al protector del trabajo ganadero. Pero el motivo personal de su admiración estaba en que creía en la magnanimidad de Rosas, porque perdonara la vida a un condenado a muerte, por la sola virtud de haber escrito la historia de un benteveo, que despertó el interés y la clemencia del Dictador.

En su primera juventud, cuando le agobiaron con el tético diagnóstico, se torturaba con verdaderos conflictos de conciencia, perturbado por el impenetrable enigma de la muerte; a raíz de lo cual decide declararse "ateo religioso", como él se definía, lo que significaba caer en algo así como un panteísmo, que no excluía la creencia en espectros y luces malas. Como resultado de la crisis religiosa, confesaba una franca prevención a todos los clérigos, sin distinción de cultos; exceptuaba a los frailes menores de San Francisco, porque supo que el fundador de la Orden,

el Beato de Asís, allá en Umbría, una mañana de lo alto de la colina predicó a los pájaros y les dijo: "Hermanas mías las aves..."

Un buen día resuelve trasladarse a Inglaterra y aunque no ha dado explicaciones sobre esta determinación cabe suponer que la motiva el deseo de completar sus estudios ornitológicos. Alguno de sus íntimos insinúa la sospecha de que hubo de por medio una pasión amorosa desgraciada.

Abandonaba la República cuando Sarmiento, en la Presidencia, marcaba rumbos definitivos, los ferrocarriles acortaban distancias, la implantación del alambrado permitía se intensificaran las industrias rurales y el inmigrante roturaba la tierra.

Y un miércoles de Semana Santa, el 1º de abril de 1874, se embarcó en el "Ebro", paquete inglés, de vapor y velas, de 1.500 toneladas. Entre los datos desconocidos hasta hoy, que pueda revelar en el transcurso de mi conversación, atribuyo capital importancia a la fecha de su partida, porque deja definitivamente establecido que Hudson salió de la Argentina a los 33 años, hombre hecho y derecho, vale decir con su personalidad definida, con su cultura literaria, fundamental, ya formada (por lo pronto había leído a Dante) y, puedo afirmarlo, dueño de su estilo espontáneo, armonioso y rutilante de adjetivos.

Se marchaba hacia donde nadie le conocía; donde la vida, en la lucha, tenía que vencerlo, porque la fatalidad le había transformado en un nómada contemplativo.

La travesía del "sublime pero tedioso Océano" la realiza entre tempestades y borrascas:

"So it is nothing but roll, roll, roll, morning, noon and night".

Cito esta frase en inglés, escrita a bordo, como un ejemplo de su prosa musical.

Llegaba en un momento solemne en los anales de Inglaterra, cuando la reina Victoria se disponía a ceñir su corona de Emperatriz, mientras Disraeli, jefe de preclaro ministerio, al adueñar-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por un año de una extra prima o de uno o dos colones por cada mil de seguro.

se del Canal de Suez, aseguraba la ruta libre, y propia, del Imperio de las Indias. El formidable poderío británico alcanzaba la cúspide: la "union-jack" flameaba en todos los mares del universo, los productos de la industria irradiaban hacia los confines del mundo, media humanidad era tributaria de las minas de Cardiff, y la escuadra inglesa, por sí sola, equivalía a la de todas las potencias reunidas.

Pero Hudson no se conmovía ante tanta grandeza. A través de los agudísimos sentidos percibía al imponente país como una sensación: La noche de su arribo, solo, en Southampton, se paseaba como un sonámbulo por callejuelas y vericuetos, husmeando un olor dulce, acre y persistente—que absorbía con deleite—y con el poderoso don de evocación de su olfato pomposamente lo bautizó con el nombre de "El olor de Inglaterra". Así traduce su primer encuentro con la que él llamaba "la señora de sus pensamientos". Años más tarde declaraba socarronamente que el evocativo olor salía de una fábrica de cerveza.

Mientras sus compañeros de viaje se dispersan rumbo a sus destinos, queda suspenso ante los viejos olmos, que en el centro de la ciudad se animan con el chirriar de los gorriones; sus desconocidos porque aún no habían emigrado a Buenos Aires.

Alquila un birloche para recorrer la campiña y oír "at once" el cantar de los pájaros ingleses. El día que pasa por la "modesta granja", triste refugio del ilustre Restaurador, oye por primera vez las melodías de la alondra; se sorprende ante las añosas encinas y el "césped como terciopelo"; —silba un mirlo—y se aparta del camino para internarse en la selva y durante una hora embelesarse con la queja del "cuckoo", que se repite "de bosque en bosque"; atraviesa puentes rústicos, "sobre arroyos románticos", contempla entre las frondas una ruina gótica (1) cubierta por la hiedra: se transporta a otro mundo, trocando el horizonte infinito de la pampa por el paisaje que encuadra en una tela de Constable.

Anda desorientado, desempeñando a veces menesteres modestos; en uno de los cuales entra en contacto con un ornitólogo sistemático, John Gould, el autor de las magníficas publicaciones sobre los picaflores y los trogones y redactor científico de la colección de aves traída por Darwin en el Beagle. Sobre Gould guardó una opinión enconada, que le llevó a publicar un artículo en su contra.

En 1876 le encontramos en una casa de pensión, en Leinster Square cerca de Kensington Gardens, casado con la dueña de la misma, Emily Wingrave, exuberante matrona 15 años mayor que él, pero que conservaba una frescura, una abundante cabellera de oro, que disimulaban sus 50 años y, como rastro



del pasado, una voz fina y cultivada que hacía las delicias del admirador de la calandria.

¿Cómo se realizó el matrimonio? Nadie lo supo.

Hudson a los 35 años era un imponente varón de 1 metro 86 de altura, anchas espaldas; cabellera y barbas abundantes, oscuras e hirsutas; piel tostada, ojos castaños y nariz prominente. Unía a su aspecto de gigante un candor infantil, suavidad de maneras, el encanto de su verba pintoresca, más el don gauchesco de dar vida a largas narraciones de aventuras. Ante ese coloso extraño, venido de tierras misteriosas y lejanas, la rubia Emily vió encarnarse, quizás, a un héroe de las óperas que interpretara en su juventud. Y un amor otoñal, manso y tenaz, venció la resistencia, si la hubo, del enamorado de los pájaros. Así quedó definitivamente radicada en Londres la vagancia de este soñador sin trabajo y sin peniques.

Pasan diez años, sin que sepamos a ciencia cierta en que empleaba su tiempo; pero es indudable que correteaba por los parques londinenses que reemplazaron, como campo de su necesaria observación, a la Pampa desvanecida. Alguien pudo verle de merienda bajo los árboles, envuelto por los pájaros que a una señal acudían a picotear las migas en su plato. Y este hombre que nada conocía de su prójimo, estaba en relación permanente con todos los que residían dentro del perímetro de la gran urbe. Sabía que en toda ella sólo habitaban cuatro urracas: una solitaria en Saint James Park, animoso avechicho que tenía guerra declarada a los cuervos; las demás en Regent's Park, llevaban una vida fácil, pues si bien por dos veces construyeron nidos, las muy holgazanas nunca empollaron sus huevos.

La tranquilidad de esos diez años termina por una primera bancarrota de la casa de pensión, que les obligó a la mudanza y a instalarse, luego, en una boardilla a donde la pobre Emily llegaba agobiada por los muchos escalones y los muchos años. Y apareció la miseria, y también el hambre, y la acritud del carácter de la esposa, que estallaba

en irritación cuando a Hudson se le ocurría chupar limones a deshora, como remedio natural para su reuma. A pesar de todo Hudson mantuvo su consideración, no exenta de galantería, para esa mujer que nunca lo comprendió. En su libro "Afoot in England" (A pie por Inglaterra), la menciona continuamente bajo el título de "companion", denominación que incomodó a la viejecita, al extremo de interpelar a su marido; Hudson se limitó a explicarle: "Un compañero es un compañero; una esposa no es siempre un compañero".

Referir estas pequeñeces domésticas no es ofender su memoria, al contrario, es ponerlo en la buena compañía de Shakespeare y Cervantes.

Aquel fué el período más aciago de su existencia, porque estaba "alejado de la naturaleza, enfermo, pobre y sin amparo", pero aun así, no se enfrió su apego a la vida, porque, "con todo, podía sentir siempre, que era infinitamente mejor "to be than not to be" (ser que no ser).

Acosado por las necesidades, entregó a la imprenta su primer libro, "La Tierra Purpúrea, que Inglaterra perdió" (tal fué el primitivo título), verdadero fracaso editorial; con lo que llamándose a silencio por varios años, se limitó a la producción aislada de artículos y cuentos, que con gran trabajo y poca remuneración le admitían en algunas revistas, con cuyo producto y el de las lecciones de canto de Mrs. Hudson, atendían a sus necesidades más apremiantes.

Salvo su "Argentine Ornithology", en tirada de 200 ejemplares, y "Crystal Age", que apareció anónima, puede decirse que el contacto con el público lo inicia a los 52 años de edad, con el "Naturalista en el Plata", en el cual se descubre al escritor. Alentado por el éxito comienza a producir un libro por año para arribar a una relativa holgura, reforzada por una pensión del gobierno inglés, acordada en mérito a sus servicios prestados como naturalista.

En su tardía producción, que pasa la veintena de volúmenes, más de la mitad es dedicada exclusivamente a los pájaros, en el resto se ocupa parcial o indi-

(1) Netley Abbey.

rectamente de ellos, y siempre intervienen como elemento indispensable. Le despiertan un entusiasmo contagioso, un ardor de sentimiento que sólo se explicaría inspirado por seres humanos y desborda de emoción cuando describe el gorjeo registrado por la prodigiosa sutileza de su oído.

El anhelo de reproducir tan intensas "impresiones estéticas", como las calificaba, le exige esforzar la expresión para sorprender el vocablo que traduzca, con precisión y claridad, el matiz exacto de su sentir, lo que refluye necesariamente en la riqueza y abundancia de su léxico, al punto que puede alegarse que a Hudson los pájaros le hicieron literato.

En el casi medio siglo que vivió en Inglaterra, gran parte del tiempo fué prisionero de la ciudad, él "que cuando estaba fuera de los murmullos campestres" no se sentía "propiamente vivo!" Le sirven de alivio a su confinamiento en Londres, algunas escapadas a la campaña, no las menos gratas las transcurridas en un Cottage de Hampshire que ponía a su disposición Sir Edward Grey, luego Vizconde de Fallodon y Ministro de Relaciones Exteriores, leal amigo que le apreció cuando nadie le conocía, y que en sus últimos años distrae su ceguera (1918) haciéndose leer "Far Away and Lond Ago".

En aquellas salidas se entregaba a la enfermiza laxitud de su organismo, que le dejaba por horas tendido sobre el césped, observando la idas y venidas de los cuervos u oyendo el ritornelo de una caserita; y apuntaba hábitos de las aves inglesas desconocidos para los ornitólogos, como el de los grajos de reunirse en primavera; distinguía las variantes en la algarazara de las cornejas según las regiones y predicaba en favor de un reyuelo — "Woodwren" (*Phylloscopus sibilatrix*)—que en el pueblo de la tradición pasaba inadvertido porque no fuera cantado por los poetas,—de Chaucer a Tennyson—, ni de él se ocupara Willughby, decano de la ornitología en Inglaterra. Observaba mucho para luego trabajar "slowly! slowly!"—lentamente, lentamente—, como para no apurar la vida. Y reúne así el material necesario para componer sucesivamente sus libros: "Birds in a Village", "British Birds in London", "Birds and Man", y "Adventures among Birds".

Estos libros hirieron la susceptibilidad de Alfred Newton, el profesor de zoología del Magdalen College, autor del difundido y utilísimo Diccionario de las aves, quien trató a Hudson con suficiencia, "at me an Argentine", decía "a mí un argentino, que me atrevía a escribir sobre pájaros ingleses".

Con Newton se completa el terceto de ornitólogos académicos con quienes no pudo entenderse. Los otros dos fueron Gould y Sclater; el último su colaborador, de quien no quería acordarse. Tales desavenencias eran debidas en parte, al carácter de Hudson, alterado por la enfermedad, aunque de natural

era rebelde, cuando trataba con personas que le ostentaban superioridad, crudo en sus opiniones y hasta combativo. Por el único por quien sintió afecto fué por Ogilvie-Grant, compañero de la Bird Society, gran propagandista de las reservas naturales para las aves, además de director de la sección ornitológica del Museo Británico y quien, conjuntamente con Sharpe, llevó las colecciones al millón de especímenes y a su admirable organización actual. Colecciones que Hudson visitaba menos que las arboledas, porque los pájaros embalsamados le resultaban una pesadilla, una parodia grotesca de la belleza.

Y por haber nombrado a la belleza y como un agregado a la reseña, que ya voy terminando, mencionaré algunos de sus gustos en las artes. Las plásticas le dejaban en la indiferencia. Siendo sensible al color y a los efectos de la luz, la pintura le atraía: elogiaba al Veronese en "La Visión de Santa Elena" de la National Gallery, cuadro que un avezado crítico define como "un himno a la naturaleza". En música prefiere los arpegios de la alondra a la mejor sinfonía, y en sus últimos años se aficionó a Wagner, probablemente porque le hiciera oír a un ruiseñor entre "El murmullo de la selva".

En literatura "el autor que más admiraba" era Ruskin. Puede sorprender esta predilección si nos representamos al profesor de estética de la Universidad de Oxford, sometido a sus exclusivismos artísticos, y sujeto a su idolatría por las catedrales de la Edad Media. Pero Ruskin fué, también, un gran observador de la naturaleza, que dió, según la propia expresión de Hudson, "los ejemplos más perfectos de la pintura con palabras de lo que ha visto en la naturaleza". La diversidad de los dos temperamentos puede apreciarse en las sendas contemplaciones de la Abadía de Bath y las respectivas descripciones de las chovas volando a su alrededor: Ruskin las ve, Hudson las ve y las oye.

Más el autor que le dominaba era Tolstoi. Holgaría todo comentario dado que Tolstoi, espíritu vigoroso y ar-

diente, ejerce una influencia avasalladora en las últimas generaciones. Pero es que Hudson se sentía atraído por el ruso genial, a más, porque ambos nacieron y crecieron en las llanuras, escribieron la historia de su niñez, tenían un apego obcecado al vivir y "terror" a la muerte y sobre todo porque si el uno predicaba la fraternidad humana, el otro predicaba la fraternidad para con los seres inferiores.

Como que Hudson entregó toda su ternura a los protegidos de la Bird Society a cuyo favor cedió los beneficios de la reimpresión del menos interesante de sus libros, "Fan", pero por el cual tenía inexplicable debilidad; y en su testamento les legaba sus escasísimos bienes y todos los derechos de autor. Legado, presumo, no desprovisto de importancia desde que sus obras se reeditan en progresión creciente en Inglaterra, Estados Unidos y en traducciones francesas, mejores por cierto que las nuestras.

En la vejez se robusteció su amor a los pájaros y la memoria por la tierra de su nacimiento. Cuando Hudson afirma "que su vida terminó cuando dejó la Pampa" dice una verdad rotunda. Sus mejores obras, las que han de darle la inmortalidad, son evocaciones de esa comarca lejana que florecieron en el ocaso de sus días al conjuro del recuerdo; y desde la primera, "Tierra Purpúrea" hasta una de las últimas, "Allá lejos", serán siempre explosiones de una nostalgia que escondía en el secreto de su corazón.

En la conversación intercalaba el uso de la lengua nativa. En el retrato que entrega a su más constante amigo Morley Roberts, se suscribe "su amigo" en español. Cuando enfermo y lejos de la esposa (1), a pesar de que en su arrogancia "quería morir solo como un guanaco", cita a un clásico castellano diciendo: "Es amargo al final de la vida caminar triste y solo", frase de Meléndez y Valdez, poeta que ensalzó (natur-

(1) Emily Wingrave falleció, casi centenaria, en marzo de 1921.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

ralmente!) a la alondra y al jilguero. Sobre la chimenea de su habitación en Penzance, donde pasó sus últimos inviernos, figuraba una acuarela con el hornero, nuestra ave nacional, de la cual, a 50 años de distancia, describía el canto con la mayor realidad.

Por todo esto su predilecto Cunningham Graham cuando le menciona en sus obras reiteradamente le designa como "Argentino".

No hace muchos años, una tarde, arrastrando sus achaques y las largas colas de un jaquet fuera de moda, se instalaba en un ómnibus y como encontrara lenta la marcha del vehículo, en un momento de ausencia, castigó con el paraguas al asiento, como si fuera a caballo: quien sabe qué añoranzas, qué ensueños resucitaban los días que se fueron, los días remotos cuando, en más de un crepúsculo pampeano, largo muchachote cabalgaba un picazo para llegar a "su" laguna de Chascomús, serena y reiluciente, y al avanzar entre juncos y totoras se alborotaba la inmensa quietud en creciente clamoreo... surgiendo de entre las aguas las gallaretas negras, que rayan la superficie con estela de espumas; becasinas de vuelo en zig-zag; rauda bandada de patos "arpas o dorados—desgranando la lluvia de sus notas; cisnes de plata, los de pico rojo y los otros—*nigricollis*—en larga hilera, marcando el cielo con sus cuellos como guiones; ibis de bronce; tropeles de gaviotas que atruenan los aires a graznidos y por sobre el sol poniente una parábola de flamencos—*Phoenicopterus*, alas purpúreas—; y en las alturas los chajás, reyes del vuelo, giran en amplias calmosas espirales al compás de sus gritos de alarma. Entretanto, en la orilla, el muchachote, trémulo, devora con los ojos, con todos sus sentidos y graba en su alma para siempre, la indeleble apoteosis del sonido, del color, del movimiento...

Esas lagunas cuyas visión no se le borró jamás...!: "Terminaré mi vida, separado de ellas por miles de millas, acariciando en mi corazón hasta el final, la imagen imperecedera de una hermosura, que ya desaparece de la tierra..."

Hoy descansa (1) en el Cementerio de Warthing, junto al mar, en un rincón por él elegido y bajo la sombra propicia de un pino "donde las tórtolas lloran".

Esperemos que el ritmo de su prosa perdure mientras resuene el habla inglesa y esperemos también, que mientras en tierra argentina una calandria cante en el ombú, haya un admirador para el Viejo Hudson: Hijo de la Pampa.

Jorge Casares

La lista completa de las obras publicadas por W. H. Hudson es la siguiente:

The Purple Land, 2 vol., 1885; Crystal

Age (anónima), 1887; Argentine Ornithology, 2 vol., en colaboración con Sclater, 1888-1889; The Naturalist in La Plata, 1892; Fan (The Story of a Young Girl's Life), 3 vol., firmado con el seudónimo Henry Harford, 1892; Idle Days in Patagonia, 1893; Birds in a Village, 1893; British Birds, 1895; Birds in London, 1898; Nature in Downland, 1900; Birds and Man, 1901; El Ombú, (incluyendo también: Story of a Piebald Horse, Niño Diablo, Marta Riquelme, Appendix to El Ombú, The English invasion and The Game of El Pato),

1902; Hampshire Days, 1903; Green Mansions, 1904; A Little Boy Lost, 1905; The Lond's End, 1908; Afoot in England 1909; A Shepherd's Life, 1910; Adventures among Birds, 1913; Far away and Long ago, (History of my Early Life), 1918; Birds in Town and Village, 1919; The Book of a Naturalist, 1919; Dead Man's Plak, 1920; Birds of La Plata, 1920; A Traveller in Little Things, 1921; A Hind in Richmon Park, 1922 (obra póstuma); y algunos breves opúsculos editados por la Sociedad protectora de las aves.

Una nota sobre el genio de Hudson

= Prefacio a la 4a. edición del libro *A traveller in little things* ("Un comisionista de cosas pequeñas o de menudencias") que se publicó por primera vez en 1921. Traducido especialmente para *Rep. Am.* =

Cuando, muerto Hudson, contemplé su rostro mientras yacía en su lecho, dentro del cuarto sombrío, me dió la impresión de la máscara serena de un vigoroso cacique. Todas las líneas estilizadas que surcaban su amplia frente, su pensativa tristeza y el vivo fulgor de su semblante se habían suavizado. Yacía como un viejo jefe de la Edad de bronce, que durante largos años, buenos y malos, ha conducido su tribu; y al que ahora sólo quedaban los antiguos ritos, el fuego purificador, el altar en la colina, y la eternidad de las estrellas, del viento y del sol.

Sí; Hudson fué un jefe entre sus compañeros, pero las tribus que cobijó bajo el manto de su comprensión, de su apasionado interés, por las que habló y luchó toda la vida, no eran criaturas humanas sino vastas tribus de la naturaleza selvática, especialmente, del reino de los pájaros, perseguidas, destruidas y extirpadas por el hombre.

La fuente central del genio de Hudson era el fuego interior de su pasión alerta, los sentimientos de amor, enojo y piedad que nacían espontáneamente del observador cuando condenaba la brutalidad del hombre y que chispeaban en sus ojos en respuesta a todo lo bello de la tierra: la mujer o la naturaleza, los pájaros o las plantas, los árboles o los cielos.

Este inagotable manantial de sentimientos era lo que hacía de Hudson el

más encantador de los compañeros. Lo conocí y amé íntimamente como amigo y no recuerdo un solo momento de tedio, pesadez o desagrado en su compañía. De la fuente de su espíritu brotaba siempre un agua fresca y límpida. En veinte años nunca le oí repetirse. Todo porque su espíritu era amplio, rico y nuevo en sus respuestas a la naturaleza y al drama del vivir; porque se renovaba perennemente en el ritmo fecundo de la naturaleza; porque el clamor y la inquietud del egotismo menos que en nadie deformaban en él sus sentimientos.

De todos los escritores que he conocido, Hudson era el que menos se preocupaba de la fama o la reputación. En Londres había sufrido terriblemente al principio, pobreza y soledad y en el fondo de su espíritu yacía el recuerdo de sus fracasos cuando sus memorias y artículos apenas le valían el salario de un deshollinador. ¡Cuántas mediocridades victorianas, ahora olvidadas, eran entonces exaltadas hasta el cielo! Pero aun cuando alcanzó el éxito, y sus libros le producían un poco, continuó siendo el hombre menos afectado por el aplauso. El siguiente pasaje de una carta que me dirigió el 11 de octubre de 1910, es demostrativa de su actitud:

"Usted ha elogiado tanto *A Shepherd's Life* que he tenido que esperar y enfriarme para contestarle. Pero us-

(Pasa a la página 109)

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

(1) Hudson murió el 18 de agosto de 1922 en Tower House, 40 St. Luke's road, Londres.

El hornero color bermejo es una especie conocidísima en la Argentina, y, donde se le encuentra, se vuelve un predilecto del público, a causa de su familiaridad con el hombre, su voz fuerte, vibrante, alegre, y de su maravilloso nido hecho de barro, que prefiere construir cerca de una vivienda humana, a menudo sobre una cornisa, sobre una viga saliente o sobre el techo de la misma casa.

Es el hornero un pájaro pequeño y fornido, dotado de un pico fino ligeramente encorvado, de casi una pulgada de largo, y de fuertes patitas apropiadas a sus hábitos terrestres. El plumaje superior es de color uniformemente bermejo-marrón, de colorido más brillante sobre la cola; la superficie inferior es ligeramente marrón. Se le halla por todo el territorio argentino hasta Bahía Blanca por el Sur. Se le denomina generalmente **Hornero** o **Casera**; en el Brasil llámasele **José de los Barrios** o **Juan Gredda**, como lo traduce Richard Burton.

El nombre **Alonzo García** está muy favorecido, pues se trata de un nombre de pila y un apellido. Los oriundos del país me han asegurado que el **Hornero** es un pájaro religioso, pues suspende sus labores el día domingo y los de fiestas de guardar.

Es un pájaro de habitación permanente, vive en pareja para toda la vida, y procura del suelo su comida, que consiste en larvas y gusanos. Se complace en los espacios abiertos, donde puede moverse libremente a su albedrío, y, asimismo le gustan los patios, los caminos despejados de los jardines, etc., donde se pavonea con un aspecto grave, con su cabecita echada para atrás y su pequeño pecho bien erguido. A cada paso levanta su patita, suspendiéndola en el aire por unos momentos antes de volver a posarla de nuevo con firmeza. Me fué dado observar a uno de ellos una vez volar sobre un tablón de diez pies de largo que estaba tendido sobre la húmeda grama; caminó él muy seriamente hasta el término del tablón, luego se dió vuelta, y volvió a caminar deliberadamente hasta el extremo, y así lo repitió durante unas veinte veces; parecía gozar el avecita sobremanera al poder pasearse por una superficie plana alisada. Cuando se le desasosiega, el hornero emite un fuerte silbido monótono de alarma o de curiosidad, el cual jamás deja de atraer a sus compañeros que estén a distancia para haber podido oírlo. Los movimientos de una comadreja, de un zorro o de un gato en alguna hacienda, se dejan conocer por el alboroto que el hecho produce entre los horneros. Con frecuentes intervalos, durante el día, el macho y la hembra se encuentran y expresan su alegría por medio de notas claras y resonantes cantadas a dúo, hábito común este último,



= De Crítica. Buenos Aires =

común a gran número de los pájaros **Dendrocolaptine**, incluyendo, creo, todas aquellas especies cuyos miembros se aparean para toda la vida. En la mayoría de las especies esta función vocal consiste meramente en una sucesión de notas o gritos confusos, emitidos con mucho ánimo y énfasis; en los horneros se ha resuelto en un cantar armonioso. Así, el primer pájaro, al aparecer su cónyuge que vuela hacia el lugar del encuentro, emite notas fuertes y medidas, algunas veces una nota gorjeada continúa acompañada de un sonido metálico; mas inmediatamente al gorjear el otro pájaro, este pasaje preliminar se torna rápidamente en tresillos, acentuados fuertemente en las primeras y últimas notas, mientras que el segundo pájaro profiere una serie de notas fuertes y medidas en perfecto acuerdo con los tresillos del primero. En tanto que cantan de esta suerte, están parados el uno frente al otro, con sus pescuezos alargados, las alas colgantes, y extendidas las colas, el primero de los pájaros tiembla todo a causa de sus chirridos y el son emitidos, y aun más, la misma pareja no repite su dúo.

Cuando las estaciones son propicias, los horneros comienzan a edificar en el otoño y vuelven a emprender la labor durante el invierno cuando se da una temporada de tiempo suave y húmedo. Algunas de sus estructuras están concluidas para los primeros meses del invierno, otras en la primavera, dependiendo ello de las condiciones atmosféricas y el estado de los pájaros. Cuando el tiempo es frío, seco, y los alimentos escasean, cesa su labor. El sitio escogido para el nido es una gruesa rama horizontal o la cima de un poste, y con mucha frecuencia lo construye el hornero sobre el techo de la casa, y otras veces, pero por rareza, sobre el suelo. El material que él emplea es el barro, con agregado de pelos de caballo o de delgadas raicillas fibrosas, los cuales endurecen la estructura y le impiden hundirse. Con frecuencia he observado a un pájaro, en el acto de construir, recoger primero una fibra o cabello, luego dirigirse a un charco, donde hacía con ello una pelotilla de barro del tamaño de una almendra y en seguida llevarla al nido. Una vez terminada la estructura, tiene el aspecto exterior del horno de un panadero, mas con una entrada más profunda y más angosta,

El nido está colocado muy visiblemente siempre, y con la entrada dando frente a algún edificio, si es que hay uno en su vecindad o, si da al camino, mira hacia este último; la razón, sin duda, de esta disposición, es para que el pájaro pueda estar al tanto de los movimientos de la gente mientras está edificando, y de esa suerte, puede mantener abierto e inconcluso el nido de ese lado hasta el último momento, y ahí necesariamente debe quedar la entrada. Cuando la estructura ha logrado asumir la forma globular dotada tan sólo de una abertura estrecha, una de las paredes laterales es torcida hacia dentro, alcanzando desde el suelo a la cúpula, y en la extremidad interior se deja una abertura para admitir el pájaro al interior o a una segunda cámara, donde los huevos son depositados. La mano de un hombre puede penetrar fácilmente en la primera cámara o entrada, pero no puede darle vuelta a fin de alcanzar los huevos, depositados en la cavidad interior, porque la entrada, además de ser muy pequeña está muy altamente situada.

El interior está tapizado con pasto suave y seco, y allí se ponen cinco huevos de color blanco y del aspecto de una pera. El horno tiene un diámetro de un metro o más, y a veces es muy macizo, pesando de ocho a nueve libras, y tan compactamente construido que, a menos que se desprenda por el cimbramiento de la rama, permanece incólume durante dos o tres años. Los pájaros incuban por turnos, y cuando uno de ellos regresa de la búsqueda de los alimentos, canta estruendosamente, mientras que el que está incubando vuela hacia aquél y se une al alegre coro y luego desaparece en el aire, en tanto el otro toma su lugar sobre los huevos.

Los pequeñuelos son en extremo locuaces, y cuando apenas están emplumando, puede oírseles practicar trinos y dúos en su seguro refugio con voces chillonas y temblorosas, que se convierten en el peculiar grito del hambre cuando sus padres ingresan con el alimento. Después de abandonar el nido, los pájaros viejos y los jóvenes viven juntos uno o dos meses, pues sólo crían una nidada por año. Cada año construyen un horno, y he observado más de una vez construir un segundo horno sobre la cima del primero, toda vez que éste haya sido colocado ventajosamente, como por ejemplo en una saliente o contra un muro.

Acaeció una cosa muy extraña en la casa de una estancia de un vecino mío en Buenos Aires durante la primavera. Una pareja de horneros había construido su horno sobre el extremo de un tirante saliente de la pared de un rancho.

(Pasa a la página 109)

Un sonido otrora familiar, pero no oído en mucho tiempo, que llega a nosotros inesperadamente impresiona, a veces, nuestro espíritu — así como suele impresionarse a través del sentido del olfato—evocando escenas y estados anteriores, tan vívidamente, que más que un recuerdo parecen una visión; y aún más que una visión, dado que ésta es una apariencia, algo supuestamente percibido por nuestros ojos exteriores o físicos, mientras lo otro es una transformación, un retorno a aquél estado—aquel olvidado yo—perdido para siempre, y que sin embargo nos pertenece aún; y en un instante magnífico somos lo que fuimos en un lugar remoto, en un tiempo ha mucho desvanecido, en edad y frescura de sentimientos, en el esplendor de nuestros sentidos, prodigio y deleite nuestro en este mundo visible.

Hace poco he tenido una experiencia de esa naturaleza al oír de lo alto, mientras caminaba por una avenida del West-end de Londres, una recia, alegre nota, o reclamo, de un pájaro. Me hizo estremecer y pararme de golpe, y al levantar los ojos, dí con el pájaro en su jaula, colgada en el exterior de una ventana del primer piso. Era el hermoso cardenal de tantos recuerdos.

Es un pájaro este de la familia de los pinzones de la América del Sud—del tamaño de un tordo, pero más gracioso de forma, con una cola más larga; todo el plumaje superior de un gris azulado claro, las partes inferiores de un blanco puro, la cara, la garganta y el levantado copete puntiagudo, de un intenso escarlata brillante.

En el momento de oírlo y luego de verlo, realmente me pareció que el pájaro me había reconocido como a alguien de su propio, distante país, y que su fuerte llamado era una alegre bienvenida a un compañero de destierro visto por casualidad en una avenida de Londres. Era aún más que todo eso: era mi propio pájaro, muerto hace tantos, tantos años, vivo todavía; reconociéndome lejos del hogar, no obstante todos los cambios con que el tiempo me ha marcado. Y él, mi propio cardenal, el primer cardenal que conocí, lo recordaba todo, tanto como yo: todos los pequeños incidentes de nuestra vida en común, la historia entera estaba en la memoria de ambos en el preciso momento del encuentro.

Era yo un niño, apenas de ocho años, cuando mi madre me llevó en una de sus idas anuales a Buenos Aires. Significaba para nosotros, en esos tiempos anteriores al ferrocarril, una jornada de un largo día; pues la ciudad y la república hoy tan importantes y prósperas, no lo eran entonces cuando los habitantes estaban divididos, llamándose colorados o blancos (o azules), y ocupados en degollarse los unos a los otros.

En Buenos Aires parábamos en una casa situada en una calle próxima a la ribera, de un pastor misionero inglés, amigo de mis padres que acostumbraba a pasar los veranos con su familia entre nosotros; y en compensación en su

El cardenal

Historia de mi primer pájaro enjaulado

= De Trapalanda. Buenos Aires. =



(Ilustración de Héctor Basaldúa)

Carta alusiva

Querido García Monge:

Creo que debemos dar por terminado nuestro ensayo de un número mensual argentino y confesar abiertamente su fracaso, aunque sin entrar en detalles que no pueden interesar al público. Por mi parte, estoy dispuesto a prepararle una serie de números especiales dedicados íntegramente a determinadas personalidades americanas o no. Entre otras: Hudson, Einstein, D. H. Lawrence, Max Scheler, Santayana, Hernández. Faltan en nuestro idioma síntesis más o menos completas de los muchos materiales dispersos que andan por ahí sobre éstas y otras figuras importantes. El Repertorio está en condiciones de reunirlos en una serie de entregas bajo nuestra común dirección. Podríamos empezar por consagrar un fascículo entero a Guillermo Enrique Hudson, publicando cuanto se ha escrito sobre él en nuestro idioma y que no ha sido aún reunido en volumen por sus autores, y también algunas traducciones dispersas. El Repertorio ha publicado ya en el primer sentido una conferencia de Augusto Rodríguez Larreta sobre Hudson y en el otro, dos notables páginas del gran escritor: «El Caballo y el Hombre» y «Lugar de muerte de los guanacos». Creo que podría sumar a estos trabajos la reproducción de los siguientes:

I.—El hermoso prólogo de R. B. Cunninghame Graham a Far Away and Long Ago, que tradujo para el primer número de «Trapalanda» mi amigo Oscar Cohan.

II.—Una nota de Edward Garnett sobre el genio de Hudson que el venerable crítico inglés escribió para la edición de A traveller in little things, y cuya traducción le acompaño.

III.—Un artículo del señor Emiliano Mc Donagh, de La Plata, publicado en la extinta revista «Número», de Buenos Aires.

(Pasa a la página siguiente)

casa residía mi madre durante un mes, más o menos, en el invierno. Fué ésta mi primer visita y recuerdo que con mi espíritu sencillo, habituado a un ambiente rústico, veía la casa como un lujoso palacio. Tenía ésta un gran patio embaldosado, y plantado con arbustos ornamentales, naranjos y limoneros, y muchas habitaciones lindamente arregladas; y en el fondo un largo pasadizo o galería en cuyo extremo estaba la puerta del despacho. Esta galería del fondo ejercía sobre mí un irresistible atractivo, porque de su pared colgaban numerosas jaulas encerrando preciosos pájaros, algunos desconocidos para mí. Había varios canarios, un jilguero europeo y otras especies más, pero el pájaro que especialmente me atrajo, fué un cardenal de vistoso plumaje, con una nota de llamada recia, alegre, musical—la misma nota que en una avenida de Londres, conmovió mi corazón. Pero no cantaba, y me explicaron que no emitía más canto que esa nota, o dos o tres más, y que era conservado únicamente por su belleza. Para mí era lo más hermoso, por cierto.

Todos los días, durante nuestra visita de seis o siete semanas, acostumbraba deslizarme a la galería y pasar las horas contemplando a los pájaros, sobre todo al cardenal con su espléndido copete escarlata, imaginando la dicha que sería poseer un ave semejante.

Aunque no podía apartarme del sitio, me encontraba incómodo cuando estaba allí, atisbando siempre receloso la puerta cerrada del fondo porque era una puerta de vidrios, y detrás estaba el pastor, en su despacho,—severo hombre de estudios sentado frente a sus libros. Temblaba yo al pensar que, aunque invisible para mí en ese interior sombrío, podía verme a través de los vidrios, y, peor todavía, que en cualquier momento abriría la puerta de par en par y me sorprendería, contemplando sus pájaros. Mi alarma no era extraña en esta ocasión, porque yo era un niño tímido, un tanto impresionable, y él un enorme hombre austero con una ancha cara descolorida y toda afeitada, que no denotaba benevolencia alguna; además, yo no conseguía olvidar un incidente desgraciado que ocurrió durante una de las visitas que nos hizo al campo, medio año antes. Un día, al entrar corriendo, tropecé en el corredor, y dí con la cabeza en un picaporte, caí y quedé tendido en el suelo dando gritos de dolor, al tiempo que el enorme hombre austero apareció en escena.

—¿Qué te pasa?—preguntó.

—¡Ay! pegué con la cabeza en la puerta y me duele mucho—sollocé.

—¿Te duele?, dijo con una sonrisa torva, bueno pues a mí no me duele, y pasando sobre mí se entró.

No puede sorprender que yo estuviera receloso, que me estremeciera casi de terror, cuando por casualidad salía él de repente, me encontraba ahí, y después de enfrentarme y fulminarme, por breves momentos, a través de sus anteojos ribeteados de oro, pasaba a mi lado

sin una palabra, sin una sonrisa. Qué extraordinario, qué poco natural me parecía que ese hombre a quien temía y odiaba pudiera gustar de los pájaros y ser el dueño de ese preciado cardenal.

La larga visita terminó por fin, y me sentí dichoso de volver a las aves que había dejado—los tordos renegridos, los pecho amarillos, los pecho colorados, los benteveos y tijeretas, los innumerables chingolos de dulce voz y mil más—aunque pesaroso, sin embargo, de dejar al admirado cardenal que había llegado a querer más que a todos los otros pájaros; estaba de nuevo en mi lejano hogar, en las grandes llanuras verdes. Y pasó el invierno y volvieron las golondrinas y florecieron los durazneros una vez más; el largo, largo, seco, y caluroso verano vino después: luego el otoño—los tres hermosos meses de marzo, abril y mayo, cuando el resplandor del sol es más benigno y cuando bajo los árboles hacíamos nuestras comilonas de duraznos maduros, todos los días y durante todo el día.

Luego otra vez el invierno y la visita anual a la ciudad distante; pero en esa oportunidad ninguno de los niños fuimos llevados. La vuelta de mi madre después de una de estas ausencias era siempre una gran alegría y una fiesta para nosotros. Tenerla de nuevo en nuestra compañía, y los juguetes, y los libros, y las cosas deliciosas que nos traía, nos ponían locos de contento: y en esta oportunidad me trajo algo que en comparación no eran nada todos los regalos—todos los regalos que había recibido en toda mi vida. Ella ocultaba un objeto grande tapado por un chal y atrayéndome a sí, me preguntó si recordaba mi visita a la ciudad, hecha un año atrás, y cómo me habían interesado los pájaros en casa del clérigo. ¡Bien! nuestro amigo, continuó diciendo, se ha retirado a su país y no regresará más. La esposa del pastor—mujer suave y afable—había sido la amiga más querida de mi madre, de modo que apenas podía hablar sin lágrimas de su alejamiento. El, antes de marcharse distribuyó sus pájaros entre los amigos más íntimos. Le preocupaba que cada uno tuviese un dueño que lo quisiese tanto como él y lo vigilase con la misma solicitud; y recordando que me había observado acechando al cardenal, pensó que no podía dejarlo en mejores manos que en las mías. Y aquí estaba el pájaro en su jaulón.

¡El cardenal era mío! Cómo podía creerlo aún después de arrancar el chal y ver al hermoso pájaro y oír la recia nota! El obsequio hecho por el austero hombre glacial, que me había mirado como si me odiara, como sin duda yo lo odiaba, me pareció la cosa más extraordinaria que jamás había acontecido en el mundo.

Fué para mí una época dichosa, ese último invierno cuando vivía sólo para el pájaro; luego cuando los días se hicieron más largos y brillantes con el retorno del sol, yo era cada día más feliz al ver aumentar la alegría de mi cardenal en su nuevo ambiente.

Era en verdad un importante y maravilloso cambio para él. Los cardenales capturados pichones en el nido, en los bosques de la parte superior del Río de la Plata, son criados a mano por los naturales, y luego enviados a las pajarerías de Buenos Aires; de modo que mi pájaro sólo había conocido, prácticamente, una vida de ciudad y estaba ahora por primera vez en el mundo de los más verdes pastos y follajes, de vastos cielos azules, y de los más brillantes resplandores de sol. Durante el día la jaula colgaba bajo la parra, fuera del corredor; ahí soplaban el viento tibio y

fragante y el sol relucía a través de las tiernas hojas de vid, encarnadas y verdes. Estaba como enloquecido por exceso de alegría saltando desatinadamente de un lado a otro en su jaula, respondiendo, estrepitoso, al llamado de los pájaros libres de los árboles; y de tiempo en tiempo prorrumpía en gorjeos, no las tres o cuatro, o media docena de notas que habitualmente emite el cardenal, sino en un torrente continuo, como las volanderas calandrias, de manera que aquellos que lo oían se maravillaban y afirmaban que no habían conocido un cardenal de canto semejante. Yo por mi parte puedo agregar que desde entonces he escuchado a centenares de cardenales, libres y enjaulados, pero jamás he oído a uno de canto tan impetuoso y sostenido.

Así continuó de día en día hasta que los pámpanos se agrandaron desplegando un toldo verde para resguardarlo de los ardores del sol—un ligero techo de hojas que agitadas por el viento dejaban, además, atravesar chispeantes reflejos para animarlo, mientras más allá de las vides protectoras se extendía, ante él, un mundo luminoso. Si cualquier persona, aun la más sabia, me hubiera dicho entonces que mi cardenal no era el pájaro más feliz del mundo—que, no pudiendo volar dejaba de ser tan feliz como los demás—no lo hubiera creído; en consecuencia fué para mí un rudo golpe cuando un día descubrí la jaula vacía. ¡Mi cardenal se había escapado! La jaula, como he dicho, era grande y los alambres tan separados que un pájaro del tamaño de un misto o de un cabecita negra, no podría haber sido encerrado; pero para el cardenal, más voluminoso, era una prisión segura. Desgraciadamente, uno de los alambres se había aflojado—tal vez él mismo lo aflojó—y trabajando había conseguido torcerlo y finalmente darse maña para escurrirse y huir. Recorriendo el monte me enteré enseguida de su paradero por la recia nota de llamada; pero se resistió a la captura, a pesar de que no podía volar sino únicamente saltar y revolotear de rama en rama—por falta de destreza en sus alas. Me aconsejaron que esperara hasta que estuviera hambriento, y lo pusiera a prueba con la jaula. Así lo hice y tomándola la coloqué en el suelo, debajo de los árboles y me retiré unos pasos, manteniéndola abierta por medio de un hilo que al soltarlo produciría el cierre rápido de la

Carta alusiva...

(Viene de la página anterior)

IV.—Una traducción del último capítulo del libro de Morley Roberts sobre Hudson, que tradujo con una nota de introducción el señor Oscar Hynes.

V.—La conferencia del Dr. Jorge Casares que fué últimamente insertada en «El Monitor de Educación Común» (número de enero).

VI.—La traducción de «El Cardenal» (Historia de mi primer pájaro enjaulado) que apareció en el primer número de «Trapalanda» con una ilustración de Héctor Basaldúa, que también valdría la pena reproducir.

VII.—Un capítulo de «Pájaros del Plata» sobre los Horneros que salió recientemente en el suplemento de «Crítica».

Con estos siete trabajos puede Ud. hacer un buen número del Repertorio dedicado íntegramente a Hudson. Por si le faltara material para llenar todo el número le acompaño algunas otras traducciones. De ninguna manera, le ruego, recurra Ud. a cosas ajenas al tema para completar la entrega. En los siguientes libros encontrará Ud. más páginas sobre Guillermo Enrique Hudson: «La civilización Manual y otros ensayos» de B. Sanín Cano; «Ensayos de crítica literaria» por Ana María Benito y «Trinchera» de su amigo y compañero

Enrique Espinoza

Nota del Editor del «Rep. Am.»: En este caso como en el anterior (el de las entregas argentinas), nuestro amigo Enrique Espinoza sigue dando el buen ejemplo. ¡Ojalá tenga seguidores en nuestra América, y otros que puedan, quieran hacer como él, homenajes cabales a hombres ilustres que nos interesan, como éste en memoria de Hudson. Como de costumbre, los aguardamos. De esperar a los colaboradores de buena voluntad, nunca nos hemos cansado.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO

y

NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent

TELEFONO No. 3090

Casa de habitación, Teléfono No. 2208

La Agencia de *Repertorio Americano* en Manizales, a cargo del Sr. Benigno Cuesta (hijo), acepta agencias y representaciones de toda clase de publicaciones y negocios en general.

Referencias a solicitud.

MANIZALES, Colombia

puerta. El cardenal se agitó mucho al ver la jaula y ya muy hambriento bajó en seguida al suelo y, para contento mío, saltó sobre ella. Pero no entró: parecía considerar el asunto atraído hacia dos direcciones opuestas por dos impulsos igualmente apremiantes, situación que podría traducirse así: "¿Debo entrar y satisfacer mi hambre, pero vivir prisionero?, ¿o quedarme afuera, conservar mi libertad y andar hambriento?" Permaneció junto a la puerta de la jaula examinando el grano, luego giró, me miró a mí y a los árboles, contempló el grano de nuevo, levantó y agachó su brillante copete, meneó las alas y la cola; estaba como excitado por esos dos deseos y en una sola incertidumbre; finalmente después de una ojeada más al grano tentador, gradualmente voló, o revoloteó, a la rama más próxima, luego a otra, hasta llegar a la cima misma del árbol, como si procurara alejarse lo más posible de la jaula tentadora!

Fué para mí una desilusión, pero estaba resuelto a cazarlo; porque ya era tarde y no se trataba de un experto pájaro montaraz que pudiera defenderse de las ratas, lechuzones, comadreas overas y otros astutos enemigos que entrarían a actuar de inmediato. Lo perseguí de árbol en árbol hasta que lo hice salir del monte a un sitio abierto donde aleteó sobre el llano hasta llegar al borde de la enorme zanja o foso, como de doce pies de profundidad y veinticinco de ancho. Se va a caer adentro, pensé, y entonces podré apresarlo; pero después de un momento de descanso en la orilla, levantando el vuelo, logró atravesar y posarse en la otra banda. "¡Ahora es mío!" exclamé, y cruzando el foso pronto estuve en su tenaz persecución porque del otro lado la tierra se extendía lisa y sin árboles, y sólo crecía pasto y altos cardos. Pero ahora sus alas se iban fortificando con el ejercicio y me arrastró de a poco en su persecución como unas doce cuerdas; luego desapareció en un gran cardal, que crecía cerca de una viscachera—la viscacha es un roedor grande que vive en comunidad, en grupos de enormes cuevas con las entradas muy juntas. Se había introducido dentro de uno de estos agujeros y esperé en vano que saliera. Y por último me ví forzado a volver a las casas sin encontrarlo.

No sé si esa noche dormí, pero una hora antes de la salida del sol estaba levantado y afuera: tomé la jaula y partí en su busca con poca esperanza de encontrarlo porque en ese paraje había zorros, toda una familia con cría, que yo había visto y los sanguinarios hurones negros y largos de la región, más peligrosos todavía. Tan pronto llegué al sitio donde lo había perdido fuí saludado por su recia nota. Ahí estaba saltando entre los cardos, como cosa desamparada. El plumaje húmedo y sucio, y sus patas cubiertas por espeso barro blando. ¡Pero se alegró de verme! Apenas puse la jaula en el suelo se fué derecho a ella; sin vacilación saltó dentro y empezó a regalarle con el grano.

Fué un final feliz. Mi pájaro había recibido una lección que no la olvidaría, no habría más sacudones a los alambres, ni desearía la libertad de nuevo. Eso imaginaba yo. Pero estaba equivocado. Desde entonces la índole del pájaro cambió: siempre en impaciente desazón, revoloteaba de un lado a otro en la jaula, piando fuerte, pero sin cantar nunca, ni siquiera una nota; la alegría que le hizo cantar tan maravillosamente, se había extinguido. E invariablemente después de saltar durante un rato volvía al alambre que había aflojado y doblado, el punto débil reparado ya, para tironearlo y sacudirlo otra vez. Por último, con gran sorpresa mía, consiguió en efecto torcer el mismo alambre una vez más y escaparse.

Y otra vez fuí a buscarlo jaula en mano, pero cuando lo encontré se resistió a la tentación. Lo dejé por un día librado al peligro y probé de nuevo, y así muchas y muchas veces durante muchos días seguidos; pero ahora tenía bastante fuerza en las alas para dejarse rendir; y aunque invariablemente llamaba y aparecía para darme la bienvenida con su recio gorjeo, se negaba a bajar y después de aclamarme agitadamente y sacudir las plumas, unos instantes, se alejaba.

Poco a poco me resigné a la pérdida porque aunque el propio pájaro ya no era mi cautivo, lo tenía cerca, viviendo en el monte y lo veía con frecuencia. De vez en cuando, con intervalos de pocos o muchos días, cuando mi extraviado—aunque no del todo perdido—cardenal se me iba olvidando, lo encontraba en el campo alimentándose en compañía de una bandada de tordos renegridos o de pechos amarillos o de alguna otra especie y cuando todos se elevaban y dispersaban a mi arrimo, él sólo, después de acompañarme un corto trecho, se desprendía del tropel y se posaba en un tallo o en una mata de cardo, como si pareciera mirarme y saludarme con su recia nota, para decir que me recordaba todavía, y en seguida volaba en busca de los demás.

Esa expresiva actitud de su parte me consoló con creces de su pérdida, encariéndomelo aún más, trocando mi amargura infantil por una nueva y extraña satisfacción ante su felicidad.

Pero la historia no termina todavía. Aún a esta distancia después del transcurso del tiempo—que nos transforma y endurece—experimento cierta aversión o pesar al contarlo.

Los claros meses calurosos pasaron; y fué invierno otra vez—esa estación fría de mayo a agosto—cuando los árboles están sin hojas, sopla el lluvioso

viento sud y las noches traen escarcha, escarcha que dura a veces todo el día y aun varios días.

Entonces fué cuando eché de menos a mi pájaro, y me preguntaba con frecuencia qué le habría sucedido, si se habría refugiado él también al norte en un país más cálido, con las golondrinas y otros emigrantes. No era presumible. Pero ya no se le encontraba en el monte, esa protectora isla de árboles en el mar herboso y raso de la pampa. Y no lo ví más, ni supe cuál fué su destino.

Un día, en agosto, los peones estaban empeñados en la gran campaña contra las ratas, suerte de limpieza de primavera fuera y dentro de las casas. El amparo del inmenso y viejo foso y el de los árboles y matorrales, de las pilas de leña, del edificio y galpón lleno de cueros crudos, atraían cantidades de esos molestos animalitos que constituían una verdadera metrópoli de las ratas. Era costumbre desalojarlas al comienzo de la primavera, antes de que el pasto nuevo y los yuyos se desarrollasen y cubriesen el suelo. Se las sofocaba fumigando dentro de las cuevas un humo envenenado con azufre y tabaco. Estaba yo junto a uno de los hombres que abría las madrigueras después de la operación del humo cuando mi vista se impresionó por un resplandor rojo entre un montón de paja y basura, que aquél revolvía con la pala, y precipitándome recogí el reluciente objeto escarlata. ¡Era el copete de mi perdido cardenal! Y ahí también se hallaban sus alas grises y las plumas de la cola y las blancas del pecho y también algunos de sus huesos. ¡Qué dolor! Encontró muy frío el guarecerse en los árboles sin hojas bajo el viento helado y la lluvia, y buscando refugio más abrigado en el suelo fué cogido y llevado a la cueva y devorado por una rata.

Experimenté un nuevo y mayor dolor por su desgraciada muerte, una sensación tan punzante que el recuerdo ha perdurado hasta hoy. Porque era mi preciado cardenal, mi primer pájaro enjaulado. Y fué también el último. No pude tener otro, la lección que me dió quedó grabada en mi corazón: saber que también para un pájaro el mundo es muy hermoso y la libertad muy querida. Cuando el tiempo suavizó mi primer pena aguda, llegué hasta regocijarme de que mi cardenal hubiese conseguido escapar, de que al fin conociera esos milagrosos meses de existencia feliz, viviendo la vida verdadera del pájaro para la cual la naturaleza lo había formado y equipado. En todos los años de su cautiverio no alcanzó tal felicidad ni puede alcanzarla pájaro enjaulado alguno, aunque cante jubilosa y dulcemente para conseguir un terrón de azúcar o una hoja de lechuga de su afectuoso guardián, engañándolo con la idea de que está en paz con su prisionero, de que no se ha cometido ninguna injusticia.

Guillermo Enrique Hudson

(Traducción de Jorge Casares)

Clemencia Chacón de Mora

OBSTETRICA Y ENFERMERA

Recomendada por competentes y distinguidos facultativos. Ofrece sus servicios profesionales. 75 varas al Sur del "Instituto Bíblico"

Guillermo Enrique Hudson

SUS ULTIMOS INSTANTES

Por MORLEY ROBERTS

— De La Nación, Buenos Aires, Domingo 3 de septiembre de 1933 —

Cuando me detuve por un instante, la otra tarde, ante el escaparate de una librería inglesa de la calle Cangallo y entre muchos otros ví el libro "W. H. Hudson: A Portrait", no pude resistir a la tentación de adquirirlo. Hace algunos meses tuve oportunidad de leer un comentario sobre el mismo en "John O' London's Weekly", la revista literaria inglesa, lo que me indujo a pensar que contendría variados e interesantes aspectos, desconocidos casi, de la vida del autor de "La Tierra Purpúrea", particularmente en lo que respecta a los últimos años de su existencia, transcurridos en Inglaterra, porque Morley Roberts, su autor, fué amigo íntimo de Hudson durante unos cuarenta años, hasta el momento mismo de su fallecimiento. Ahora que he leído detenidamente sus páginas confieso que una vez más he podido apreciar cuán grande es la suerte de aquellos que pueden leer las obras de Hudson en inglés, el idioma en que fueron escritas, porque, necesario es reconocerlo, las traducciones vertidas al castellano no están a la altura de la elegante edición de los originales.

Si bien Morley Roberts no ha escrito una biografía por falta de elementos relacionados con la juventud de Hudson—un "retrato" llama él a su libro—, en éste abundan datos y anécdotas de interés, especialmente para aquellos que conocen de cerca al escritor anglo-argentino a través de sus narraciones de historia natural, o sobre la vida y costumbres campestres. Hudson era nieto de ingleses y escribía sus obras en inglés, pero no debe olvidarse que nació en el partido de Quilmes, en el paraje denominado "Los veinticinco ombúes". Mas mi atención se concentró principalmente en el último capítulo en el cual relata minuciosamente Morley Roberts los momentos que precedieron a la muerte del autor de "El ombú" y "Marta Riquelme".

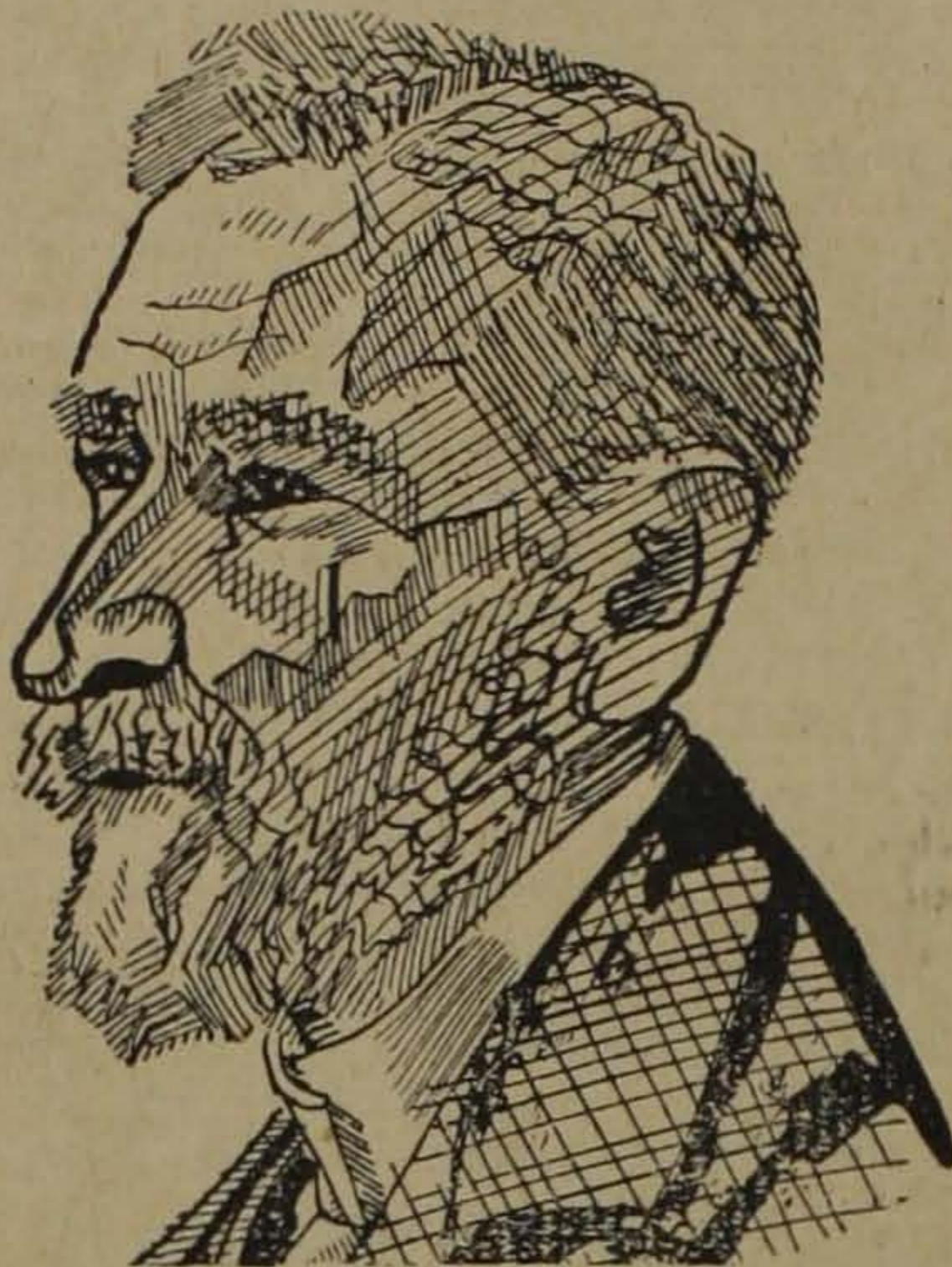
Justamente el 18 del pasado mes hizo once años del día en que falleció Hudson en Penzance, Inglaterra, a la edad de ochenta y un años. No obstante los dos lustros transcurridos, muchos recordarán la mañana aquella en que los diarios, en pocas palabras, anunciaron su deceso. Fué al final del otoño de 1921 cuando se trasladó Hudson de Londres a Penzance. Durante el invierno y la primavera anteriores se hallaba bien de salud, aunque su corazón, el corazón de aquel que tanto amaba a la naturaleza, le causaba ligeras molestias. Hudson, como muchos otros afectados de la misma dolencia, había llegado a comprender que lo mejor para los que sufren del corazón era no hacer nada que pudiera redundar en fatiga, ya del cerebro como del cuerpo.—O. H.

Quiero anotar exactamente lo que ocurrió—dice Morley Roberts, refiriéndose a la muerte de Hudson:

"Mi esposa y yo regresamos de Somersetshire el lunes. Su última carta había sido alegre: nada contenía que dejara entrever la proximidad de su fallecimiento. El cansancio me impedía ir a él de inmediato, pero le escribí el martes invitándole a que almorzará con nosotros en el lugar donde solíamos hacerlo. Su contestación llegó en una tarjeta postal el jueves (ayer) por la mañana.

"—Miércoles. No puedo aceptar, porque estoy enfermo en cama desde el domingo, y aunque me levantara, no saldría de casa esta semana. Tuyo, W. H. Hudson".

"Era netamente característico de Hudson



G. E. Hudson

(Por Victor Delhez)

no pedir que lo fuera a ver. Sabía que iría. No admitía hallarse lo suficientemente enfermo para necesitar atención médica, pero le hubiera causado sorpresa no verme ese mismo día. Llegué a su sombrío aposento temprano por la tarde. Era jueves, el 17. Con todo, nada había en su tarjeta que pudiera alarmarme.

"Cuando entré en su cuarto, alzó la vista y sonrió. Denotaba preocupación, pero parecía aliviado. Concedor como era de su estado, yo no me hallaba tranquilo. Tenía el tinte rosáceo, propio de los cardíacos. Su circulación decaía y su corazón se dilataba. Al sentarme a su lado se movió intranquilo y dijo que sentía dolor: el dolor precordial del corazón forzado, que se dilata. Había probado todas las posturas y hasta agotado la poca energía que le quedaba frotándose con linimento. El médico había estado allí por la mañana.

"No se opuso a que le tomara el pulso. Este estaba débil y demasiado lento. Le aconsejé que no tomara más digitalina, pero me hallaba preocupado porque sabía que era necesario tomar inmediatamente alguna resolución, y si demostraba la más mínima señal de aprensión o apuro, le causaría más daño que bien. Cuando me preguntó respecto a su pulso, le contesté que lo hallaba más bien débil, y poco a poco le sugerí que de-

bería llamar al doctor Frederick Price, a quien él conocía muy bien. Añadí que sin duda Price podría aliviarle el dolor. Puso reparos. Un médico de Harley Street cobraría honorarios abultados por venir a Westbourne Park. Además, pero yo sabía que la insinuación le agradaba, así que saqué un cigarrillo y dije, sin aparentar importancia alguna, que saldría y hablaría por teléfono con Price. Llamé a 113 Harley Street. El doctor Price estaba ausente, pero hablé con el doctor Parsons-Smith, que lo reemplazaba. Como en una ocasión le había enviado un enfermo, este médico conocía mi nombre y convino en ir a las 19.30. Le relaté todo lo que había observado y reconoció que el caso era de urgencia.

"Cuando regresé junto a Hudson y le dije alegremente que todo estaba dispuesto, me pareció encontrarle muy aliviado. Su respiración mejoraba: el dolor disminuía. Pero el tinte rosáceo subsistía, aunque hablaba animadamente de cien cosas. Criticó cierto nuevo libro popular con salvaje humor: "El último fué un gran libro comparado con éste, aunque la segunda mitad del otro era absurda".

"Hasta sus últimos instantes fué Hudson un gran crítico y lector de novelas, aunque su poder de crítica le fallaba a veces si el cuento era de su agrado. No obstante su espléndida labor de imaginación, simulaba no ser juez de obras de ficción, especialmente cuando le disgustaba algo escrito por un amigo. Interrumpió la conversación para insistir en extender un cheque para el médico. Lo firmó e hizo una alteración, a la cual puso sus iniciales. Fueron éstas sus dos últimas firmas, escritas con firmeza y claridad.

"Tomó el "Century Magazine", que estaba sobre la cama, diciéndome que contenía su segundo artículo sobre el sentido del olfato. Quiso que lo leyera, mas durante todo este tiempo me preguntaba yo cuánto podría aun quedarme sin alarmarlo. Había algo sobre incienso en el artículo, y le relaté que cierta vez había presenciado misa solemne en un monasterio Trapense. Había un aire mágico en el incienso, le dije. Estuvo primero en desacuerdo y luego aprobó. Hizo un vano esfuerzo para arreglar las ropas de su cama: le ayudé y noté mejor que nunca su corpulencia. Si su corazón hubiera sido tan fuerte como el resto de su organismo, sin duda hubiera alcanzado una edad poco común. Cuando estuvo más tranquilo le hablé sobre los desordenados manuscritos (1) que había sobre su mesa de trabajo, que estaba al pie de la cama.

"—Es el último capítulo de "A Hind in Richmond Park"—dijo—y que me ha dado tanto trabajo. Está todo concluido, pero falta ordenarlo y revisarlo".

"Repasé los escritos y le sugerí que debía llevármelos y pedirle a mi hijastra que los pusiera en limpio. Objetó diciendo que ella no podría leerlos y, además, el principal impedimento sería cambios de redacción que nadie más que él podría hacer. No insistí. Criticó algunas cosas de Santayana, y me alcanzó el último número del "Mercury", que

(1) Aun en plena juventud, Hudson, lo mismo que Pope, escribía sobre trozos de papel y hasta en sobres, y con lápiz, de manera que muchas veces le era imposible descifrar sus notas. Hasta utilizaba páginas de papel del tamaño de pequeñas libretas de anotaciones. El manuscrito de "A Crystal Age" tenía casi sesenta centímetros de espesor.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 - HABITACIÓN No. 3133

contenia algo sobre Yeats, o por Yeats, que me interesaría.

"—Puedes llevártelo. Pero devuélvemelo. Algún día querrá una colección completa, algún día".

"Me dijo que el hablar le fatigaba. Era él quien hablaba, pero le contesté que me sentaría por un rato en el otro rincón del cuarto y leería. Llevé el "Mercury" y tomé asiento donde no podría verme, porque había una cortina al pie de la cama.

"Quise quedarme toda la noche. No tenía enfermera, pues eran difíciles de conseguir. ¿Pero no haría yo más daño que bien si me quedaba? De permanecer allí hasta la consulta médica, él podría pensar, y sin duda así lo creería, que existía cierta preocupación de mi parte. Nada podía ser peor para él. No leí, pero preguntábame qué proceder adoptaría. No me dejó en silencio por más de cinco minutos.

"—No puedo verte, Roberts. Siéntate donde pueda verte.

"Durante todos estos años nos habíamos llamado por nuestros apellidos. Me cambié a un sitio donde él pudiese verme, y comenzó a hablar de nuevo. Deseaba que me invitase a quedarme; le pregunté dónde se hallaba el viejo sofá que había estado al pie de su cama. El había pensado ubicarlo allí nuevamente. Su idea era de que si hallaba una enfermera, le sería útil. Luego dijo:

"—No puedo hallar una enfermera, y debiera tener una.

"De nuevo comencé a sugerirle que convenía que me quedase, pero desistí. Ahora me arrepiento de no haber insistido amistosamente. Pero pocos conocían a Hudson tan bien como yo, y me parecía que vería a través de cualquier arriesgado ardid mío.

"Así pasó el tiempo. Descansó tranquilamente por varios minutos y habló otra vez, preguntándome respecto a mis vacaciones en lo que llamaba "beloved old Simonsbath", ese céntrico villorrio en el solitario Exmoor, que tan bien conocía yo desde Sherdon Water hasta Pinkworthy Pond, donde nace el río Barle. Hudson había estado allí en una ocasión. Su soledad y sus pájaros le quedaron grabados en la memoria. Cuando al fin me paré al lado de su cama, para retirarme ya, me preguntó por mi salud.

"—No es lo que podría ser, le contesté.

"—Aparentas estar bien, al menos—insistió él. Le apenaba pensar que alguien pudiera estar enfermo, de la misma manera que le dolía ver que un amigo se pusiese canoso.

"Dos años antes de esto, en Penzance, me había solicitado le sirviera de albacea. Ahora desearía haber sabido quién era su abogado, pero no podía preguntárselo.

"Abri el libro "Setenta años entre salvajes", por Salt; por alguna razón manifestó que era anticuado: los ingleses no eran tan salvajes como habían sido. Dejando el libro, dije casualmente:

"—¿Quieres que venga mañana?

"Contestó con su original independencia, matizada como yo sabía con el deseo de creer que su enfermedad no era grave: "Claro, si gustas".

"Me complace pensar, y realmente creo, que el haberme podido retirar le alivió, pero el tono de su voz parecía querer decir: "Si, ven". No puedo describirlo en palabras. Alguien diría que Hudson era a menudo poco afable. Le he visto disimular un hondo afecto bajo una aparente indiferencia, casi rudeza, muchos años hace.

"Su ama de llaves, una señora escocesa, entró entonces al cuarto, y su llegada me ayudó a retirarme. Insinuó ella que quería hacer la cama. Tomé la mano de Hudson, esa mano grande y bondadosa, reteniéndola por un momento solamente. Parecía estar

bien, a la vez que amable y preocupado, y dispuesto un poco, muy poco, a asirse, no sólo a la vida, sino también a uno a quien tanto amaba. Al llegar a la puerta me volví y dije:

"—Claro que mi esposa te envía saludos.

"—Se los retribuyo.

"Fueron éstas las últimas palabras que le oí decir.

"Esa mañana recibí un telegrama. Mi señora me lo trajo a mi escritorio. Tanto ella como yo adivinábamos su contenido. Hudson había muerto temprano ese mismo día. Su ama de llaves me pedía que fuera.

Horneros...

(Viene de la página 104)

Una mañana uno de los pájaros fué preso en una trampa de acero que había sido colocada la noche antes para apresar ratas; las dos patitas del hornero habían sido quebradas por encima de la rodilla. Al dársele la libertad volvió hacia su horno, donde evidentemente se desangró, muriendo en consecuencia, pues no se le volvió a ver. Su cónyuge permaneció allí dos días, llamando sin cesar, y andando el tiempo desapareció. Tres días más tarde regresó con un nuevo compañero, e inmediatamente los dos pájaros comenzaron a cargar pelotillas de barro al horno, con las cuales cerraron la entrada. Después construyeron un segundo horno, utilizando el sepulcro del pájaro muerto como embasamiento, y allí criaron a su prole.

Mi vecino, un viejo paisano, había estado observando los pájaros de vez en cuando, en el momento que habían estado construyendo el horno, y experimentaba mucho interés en las actividades de los horneros. Creía que su presencia en su vivienda era una señal de buen agüero, y no es de extrañarse que después de haber sido testigo del entierro del hornero muerto estuviera más convencido que nunca de que los pequeños arquitectos del hogar eran "aves piadosas".

Sabía yo que se hallaría angustiada. ¿Quién que lo conociese no lo estaría? Ella puede atestiguarlo, como muchos otros. No sólo para los pájaros era él bueno y bondadoso. Antes del mediodía llegué a la casa y subí inmediatamente hasta su cuarto.

"Lo hallé "durmiento". Yacía tranquilamente sobre el costado derecho, con las manos como cuando uno las coloca en plácido sueño; la postura natural de feliz reposo. Su cara estaba muy pálida y reflejaba modesta nobleza, sin una sonrisa, pero sin denotar tampoco señal alguna de temor o sufrimiento. Parecía tan grande, tan fuerte, un gigante entre los hombres. Aunque había pasado los ochenta años, sus músculos eran grandes y duros y sus macizas manos, esas manos que ya no escribirían más, no habían de terminar ese último capítulo sobre arte que estaba escribiendo.

"Su ama de llaves se había levantado a las cuatro (no muchos lo hubieran hecho; ¿o diré, más bien, que por él muchos lo harían?) para llevarle una taza de té. Hudson no había pasado mala noche porque le habían hablado con optimismo, y a esa hora estaba somnoliento. Pensó ella que necesitaba dormir, y cuando se disponía a retirarse, vió con gran sorpresa que él le extendía una mano, diciendo: "Adiós". Tenía mucho sueño y parecía no querer decir más de lo que la palabra significa, mas no dejaba de ser extraño en uno que jamás había hecho demostraciones de esa naturaleza. Ella prosiguió sus quehaceres, y a las ocho envió a su hijita a llevarle unas cartas. Volvió ésta diciendo que Hudson dormía. La madre sabía lo que eso significaba.

"Me quedé con él un largo rato. Luego lo enterrarían. ¿Qué hombre! ¿Enterrar un salvaje tan hermoso y un genio tan grande, como lo hacemos nosotros! Hubiera deseado hacerlo conducir a la dilatada pampa, con un vasto panorama fuera de la vista hasta de un jinete, debajo del límpido cielo azul. Y allí le hubiera cavado una sepultura, que descansara para siempre sin que fuese perturbada su posición de tranquilo reposo. Que los vientos huracanados silbaran sobre su tumba en la pampa agreste y las bestias salvajes pacieran sobre su solitaria fosa, mientras que pájaros de suave gorjeo surcasen el aire trinando en coro sobre aquel que tanto los amaba; esa era la tumba que yo hubiera elegido para él. Pero no podía ser. Antes de posar mis ojos sobre Hudson por última vez, crucé sus manos, aun tibias, sobre su pecho".

(Traducción y nota alusiva, de Oscar Hynes)

Una nota sobre el genio de Hudson...

(Viene de la página 103)

ted es siempre demasiado generoso conmigo. Esto se debe a que está usted en cierto modo bajo la influencia de una ilusión. Es tanto mejor un hombre que sus libros! Tome lo mejor que haya hecho, ¿no le parece que contiene muy poco de lo mejor que hay en usted y ese poco pobremente expresado? Una vez terminados, no me gusta volver sobre mis libros. Supongo que al conocer íntimamente a un hombre y sentir afecto por él, usted espera encontrarlo—en parte por lo menos—en su libro. De ahí la ilusión. Creo que Sully explica todo esto en su libro *Illusion*. Pero basta respecto del libro".

Nadie como Hudson para menoscar *A Shepherd's Life!*—esa rica y delicada trama tan firmemente combina-

da, ese tapiz verídico de las costumbres, sucesos, modos y caracteres de la vida de otro tiempo en Wiltshire Downs; un libro compuesto de sus frecuentaciones a las llanuras de Salisbury. Y sin embargo, lo que Hudson dice en sus cartas no deja de tener su verdad. Hudson era mucho más completo y profundo que sus libros; en cada uno de los cuales, sucesivamente, fué reflejando aspectos nuevos de la "earth life" que amaba; nuevos aspectos de sí mismo como naturalista, poeta y creador. Su fecundidad era inconmensurable. Durante nuestros encuentros le he oído referir centenares de pequeños dramas humanos, cuentos característicos conmovedores, chispeantes, entretenidos, de gente que había conocido o de la que

había oído hablar, historias vividas de las que nos ha dado muestras encantadoras en **A Foot in England**. En todos los condados del sur de Inglaterra se había hecho durante sus travesías de muchos amigos, principalmente entre la gente humilde, y en las cartas que me ha escrito se lamentaba a menudo de no encontrar en sus nuevas visitas a esos pueblos muchas viejas caras amigas.

Tenía facilidad para hacerse amigo de las personas que le agradaban; había cierta espontaneidad y magnetismo en su actitud que cautivaba a sus oyentes. En sus años últimos, cuando todos sus parientes y amigos de la juventud, habían desaparecido — lo mismo que el carácter salvaje de la pampa, su fauna y sus pájaros—el espíritu de Hudson parecía entregarse a los episodios trágicos y penosos y a los contratiempos de la vida; pero aun este “desencanto rebelde” no amenguó su pasión por la vida. La única cosa que temía era la muerte y este temor sombrío aparece en numerosos pasajes de sus últimos libros. Todavía resuena en mis oídos el estremecimiento agudo de su voz la última vez que lo ví vivo en un día de agosto. “¡Cómo! ella ha muerto”, exclamó mirándome fijamente, cuando le hablé de la muerte de una escritora que ambos admirábamos. Y sus ojos reflejaron toda la “insoponible pena” por “la hermosa y múltiple vida desaparecida”. Toda esa obsesionante tristeza que inspira una exquisita página “The Return of the Chiff-Chaff”, en **A Traveller in Little Things**. Pero aun en sus accesos de melancolía había algo indomable en la filosofía hudsoniana de la vida. Se tenía la impresión de que era, como dijo Conrad una vez, “un producto de la naturaleza”, semejante en su esencia a un rincón de bosque o matorral, valle o montaña llena de rocas, impetuosos torrentes, pastos floridos y toda una lujuriosa y delicada vegetación. Como el de sus libros, el encanto de su personalidad, era inherente a esta misteriosa y fecunda vitalidad de su espíritu. El campo de su poder emotivo y de su visión poética puede apreciarse, en diversos aspectos, en una docena de sus libros. Pero su fascinante personalidad se muestra mejor en dos de sus novelas: “La Tierra Purpúrea” (1885) y “Mansiones Verdes” (1904). La primera, del Hudson juvenil, tiene todo el encanto de su humor irónico (teñido de esa fineza española que le venía por derecho de nacimiento, y que lo diferenciaba de todos los demás escritores ingleses) y todo el ingenio artístico, la encendida pasión y la tierna simpatía de su temperamento. En ciertos capítulos de esa novela (XIX, XXI, XXVI) se perciben las ricas inflexiones de su voz.

La más intensa y profunda emotividad de la naturaleza de Hudson en toda su aptitud para la pasión trágica y la melancolía meditativa, se manifiesta plenamente en “Mansiones Verdes”,

Señas de escritores:

Gabriela Mistral: 11, Avenida Menéndez Pelayo. Madrid, España.

Juana de Ibarbourou: Avenida Comercio, 318. Montevideo, Uruguay.

Luisa Luisi: Isucuy 1309. Montevideo, Uruguay.

Armando Godoy: 39, Boulevard Montmorency, Paris, XVIe.

Santiago Argüello: 7.ª Avenida Sur, núm. 54. Guatemala, Rep. de Guatemala.

Alcides Arguedas: 31, Rue Cyprien Bignon. Couilly (Seine et Marne), Francia.

Arturo Capdevila: Juncal, 3575. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Alberto Hidalgo: Piedras, 180. Buenos Aires, Rep. Argentina.

José Santos Chocano: Avenida Pedro de Valdivia, Calle Eduardo Llanos, 24. Santiago de Chile.

Cortesía de los autores:

Lic. José Luis Requena: *Hacia el abismo*
La crisis del Talón de Oro. Disertacio-



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

“El Ombu” y “Marta Riquelme”. Estas novelas de imaginación revelan el verdadero origen del genio de Hudson, su riqueza de simpatía que ha animado la capacidad de percepción y reflexión, de observación y análisis, de nuestro gran naturalista campestre.

Para ejemplificar ese sentimiento artístico que le guiaba contaré el siguiente episodio: Una noche estaba sentado con él en un prado limítrofe de un bosque cuando oímos a un atajacaminos llamar dos o tres veces. Hudson imitó inmediatamente el grito y el atajacaminos se acercó revoloteando sobre nuestras cabezas. Hudson rió sardónicamente y volvió a repetir el grito y el pájaro continuó dando vueltas a nuestro alrededor como si estuviera asombrado de ver ese extraño hombre-pájaro que imitaba su grito. De pronto, tras de haber contemplado al pájaro con afectuosa burla, agitó el brazo con gesto señorial de despedida, y diciendo “Vamos, vete a tu apolladero” se incorporó mientras el pájaro desaparecía.

El primer despertar y desarrollo del genio de Hudson aparece claramente en “Allá lejos y hace mucho tiempo”. Nacido en las pampas sudamericanas en 1846, tuvo de niño todas las circunstancias a su favor: un medio románticamente salvaje y hermoso—un paraíso de pájaros—que estimulaba sus innatas aptitudes poéticas y creadoras y su sentido del misterio que nutría su curiosi-

dad humana con el espectáculo de la vida primitiva de los gauchos y la atmósfera de graciosas tradiciones del viejo mundo español. Hudson fué feliz en el hogar de sus padres. Su familia toda era un tronco bello y firme. Su mezcla de sangre—Devonshire, Nueva Inglaterra e Irlanda—(su abuela materna era irlandesa) lo dotó con el vigor de un cruzamiento feliz.

Pero a los dieciséis años se torció su destino. Cayó enfermo sin esperanzas de recuperar la salud. Al principio esta desgracia pareció aniquilarlo, pero en realidad sólo desvió sus energías en un sentido creador y profundizó inmensamente su naturaleza y su visión espiritual. En lugar de llevar una vida de gran actividad se vió obligado durante años a permanecer quieto, contemplar, meditar y filosofar. Y así trazóse el camino del estudioso naturalista y más tarde el de escritor de la naturaleza. Mientras su panorama intelectual, según nos refiere él mismo, fué modificado y orientado por el nuevo sol de la teoría de la evolución, su profundo sentido poético, su sensibilidad de la belleza—al revés de lo que le pasó a Darwin—lejos de declinar en lo más mínimo aumentaron con su contacto con la naturaleza.

El segundo período de su desarrollo que podemos fijar aproximadamente entre 1860 y 1875, completó el crecimiento de su poder de observación y

nes político-económicas. México, D. F. Mayo de 1933.

Poland. 1914-1931. By Robert Machray, London. George Allen & Unwin Ltd.

Mario López Blanco: *Ensayo sobre el mimetismo político*. «Editorial Novísima». Habana, 1931.

Enrique Labrador Ruiz: *El laberinto de sí mismo*. Novela. 1933. Habana.

Con el autor: Cuba 86. Dept. 25. La Habana, Cuba.

Vida infantil. Libro de cuentos para niños. Por Isabel D. Lainez. Tegucigalpa, Honduras.

José Fulgencio Gutiérrez: *Aurelio Martínez Mutis* (Estudio crítico).

De la revista *Estudio*. Bucaramanga. Junio a Setiembre de 1933.

Alfred Coester, de la Stanford University, ha sacado:

A tentative Bibliography of the Belles Lettres of the Argentine Republic. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1933.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

contemplación y su sensibilidad artística y poética, que finalmente alcanzó madurez en "El Naturalista en el Plata" y "Días de ocio en la Patagonia", 1891-92, que fueron compuestos en gran parte años atrás. En cuanto al "sombrio período" de la vida de Hudson desde 1876 a 1882, es decir, desde su primera llegada a Londres en que "se vió obligado, como dice él mismo, a vivir apartado de la naturaleza durante largos períodos, enfermo, pobre y sin amigos", odiaba recordarlo. Comprendiendo instintivamente esto nunca le hice preguntas sobre el particular. Pero recuerdo que una vez me contó que estando muy necesitado, después de haber terminado un trabajo para un famoso genealogista, como le dijera que no podía continuar su trabajo si no le pagaba algo a cuenta, su protector sacó media corona de su bolsillo y se la ofreció con estas palabras: "Esto es cuanto puedo darle. No tengo más dinero".

La publicación de "Un Naturalista en el Plata" (1892) por el que fué considerado en seguida un clásico y declarado por Alfred Russel Wallace como "absolutamente único entre los libros de historia natural" fijó definitivamente la fama de Hudson y con esto comienza, puede decirse, el período final y el más fecundo de su vida (1892-1922). Como gran intérprete y poeta de la vida de los pájaros su angustioso llamado a favor de las especies amenazadas en **Lost British Birds** encontró lentamente eco en la conciencia pública. En "Nature en Donwland (1900) y en "Hampshire Days" (1903) Hudson creó un nuevo tipo de libro de la naturaleza, tipo que logra transmitir a la página impresa la luz y la sombra de la misma naturaleza, su prodigalidad y sus mutaciones; atrapa, por así decirlo, el hálito del viento y de la atmósfera, y entreteje sus distintos cuadros con una trama de asociaciones humanas. Cientificistas de mirada estrecha han lamentado que el instinto poético de Hudson y su sentimiento por la ilimitada y misteriosa belleza natural de la vida salvaje haya contribuido cada vez más a dar vida y transfigurar "la torpe y pesada máscara de la mera curiosidad intelectual" de que habla en "Mansiones verdes"; pero, como se ha subrayado más arriba, el vigor de su sentimiento apasionado, constituía la raíz de todas sus virtudes y hacia a Hudson extraordinario.

La belleza es un factor integrante de la formación de la naturaleza. Del mismo modo que una catarata ocular significa ceguera, insensibilidad para la luz, la torpeza del espíritu y la insensibilidad del corazón suponen una falta de percepción y una deficiencia mental. Nadie se enorgullece de la miopía o la incapacidad de distinguir los rasgos de un semblante. Las mujeres no se jactan de no ver la belleza de los niños o de las flores. Pero millones de hombres civilizados se jactan hoy, complacidos, de carecer del menor sentido

estético o sentimiento poético o aptitud artística, sin comprender que son así inferiores a los salvajes. Ahora bien, como un cirujano que devuelve la vista, Hudson restaura con sus libros de la naturaleza, la visión espiritual a las víctimas de la civilización. Como poeta y naturalista presta un nuevo lente a nuestros sentidos.

En el capítulo titulado "Las llanuras de la Patagonia" Hudson nos dió inconscientemente la clave de su superioridad: "Somos los sepulcros vivientes de un pasado muerto... Aquello que verdaderamente ha penetrado en nuestras almas y se ha vuelto parte de nuestra psiquis es nuestro ambiente, esa naturaleza salvaje en la que y para la cual hemos nacido en una época inconcebiblemente remota y que ha hecho de nosotros lo que somos".

Había acumulado en su alma y estaba en comunicación a través de sus sentimientos con la inconmensurable fuente de vida espiritual que anima la naturaleza. El mismo fué una rara mezcla de la más elevada capacidad intelectual con "un oscuro y vigoroso núcleo de naturaleza primitiva listo para lanzar sus llamas a través de la costra civilizada". Su genio, su superioridad sobre sus contemporáneos, reside en plena percepción de nuestro verdadero parentesco con el infinito mar de la inagotable naturaleza, y en su exquisita respuesta al misterio y a la belleza de sus aspectos multidinarios. Y mientras sus libros captan y fijan el carácter de las partículas vivientes nos iluminan espiritualmente con esa visión total.

Edward Garnett

Hudson y la Naturaleza...

(Viene de la página siguiente)

rente si el expulsado hubiese emitido un sonido, dado que no hay nada que excite más a los pájaros padres, o a que más instantáneamente respondan que al grito de hambre o angustia de la cría. Pero en esta temprana edad el polluelo no tiene voz, otra ventaja para el parásito".

Ahora, los hombres.

Estaban unas gentes jóvenes sensibles, considerando con él la primera parte del drama menudo: naturalmente, quisieron salvar al polluelo del petirrojo, llevándose para criarlo. Querían salvarlo. El les aconsejó que no, que lo dejasen a su suerte. Era dejarlo morir: pues bien, que así fuese. "Preservarlo de la miseria que le infligirían al pretender llenar el sitio de sus padres".

Por último, la doctrina. Si aquella actitud es la justa, se justifica como una conformidad al modo de ser de la naturaleza.

"Cuando retornase el verano, ellos (es decía) no encontrarían más pájaros que los de ahora. Y así sería en todas partes; todo ese incalculable aumento habría perecido. Muchos millones serían devorados por aves y bestias rapaces; millones más morirían de hambre y frío; millones de migrantes caerían en el camino, algunos en el mar, algunos en la tierra; aquellos que retornasen de regiones distantes serían un resto. No solamente esta cantidad inconcebible de vidas de aves tiene que ser destruida cada año, sino que no podemos suponer que la muerte sea un trance sin dolor".

Sus oyentes se convencen de que deben dejarlo al polluelo "a su suerte en ese misterioso mundo verde en que, también, nosotros vivimos y que no entendemos, en el cual vida y muerte, y placer y dolor, son luz y sombra entretrejidas".

"Que no entendemos". No es ese todo el pensamiento de Hudson. El cree entender la naturaleza, sintiéndola. Pre-

cisamente el encomio de Garnett se basa en ello. Y tanto, que lo dice así: "No podemos comprender realmente la vida de la naturaleza sin ser afectados emocionalmente por ella, es decir, nuestra comprensión es en gran parte la emoción que excita en nosotros".

Filosóficamente estas ideas no son una novedad. Hoy ya no pueden ser ni una moda. Pero para entender a Hudson nos resultan esenciales, porque en él son operantes. Podría decirse que para Hudson no fueron una filosofía sino un medio de exploración. Nadie había descubierto en la naturaleza inglesa los misterios y bellezas que él reveló; y fué con esos recursos que lo hizo. A la naturaleza argentina se acercó y en ella vivió cuando muchacho. Algo tiene ya su pintura de lo que fué en sus días de gloria literaria, pero aquí le valieron más sus dotes que sus métodos.

Esta filosofía de la vida de la naturaleza responde a una actitud de conformidad, casi de impotencia. No puede salvarse de chocar con las otras dos actitudes, la que se mantiene respecto del acaso causal del mundo físico, y la actitud respecto del mundo propio, el humano. La ley del mundo humano es la de la intervención, la participación activa para el bien. Si en vez de ese polluelo, hubiese sido un niño abandonado, ni Hudson le dejara morir. La ley humana para el mundo físico también es de intervención, no por solidaridad sino por señorío. Al ver que un cuadro mal colgado se caía sobre un jarrón de la repisa, Hudson y Garnett, y cualesquiera, saltarían a evitarlo. Pero si proclamamos que la Naturaleza viva es intangible, guardamos para con la naturaleza la única actitud no natural.

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

Hudson y la Naturaleza intangible

Por EMILIANO MAC-DONAGH

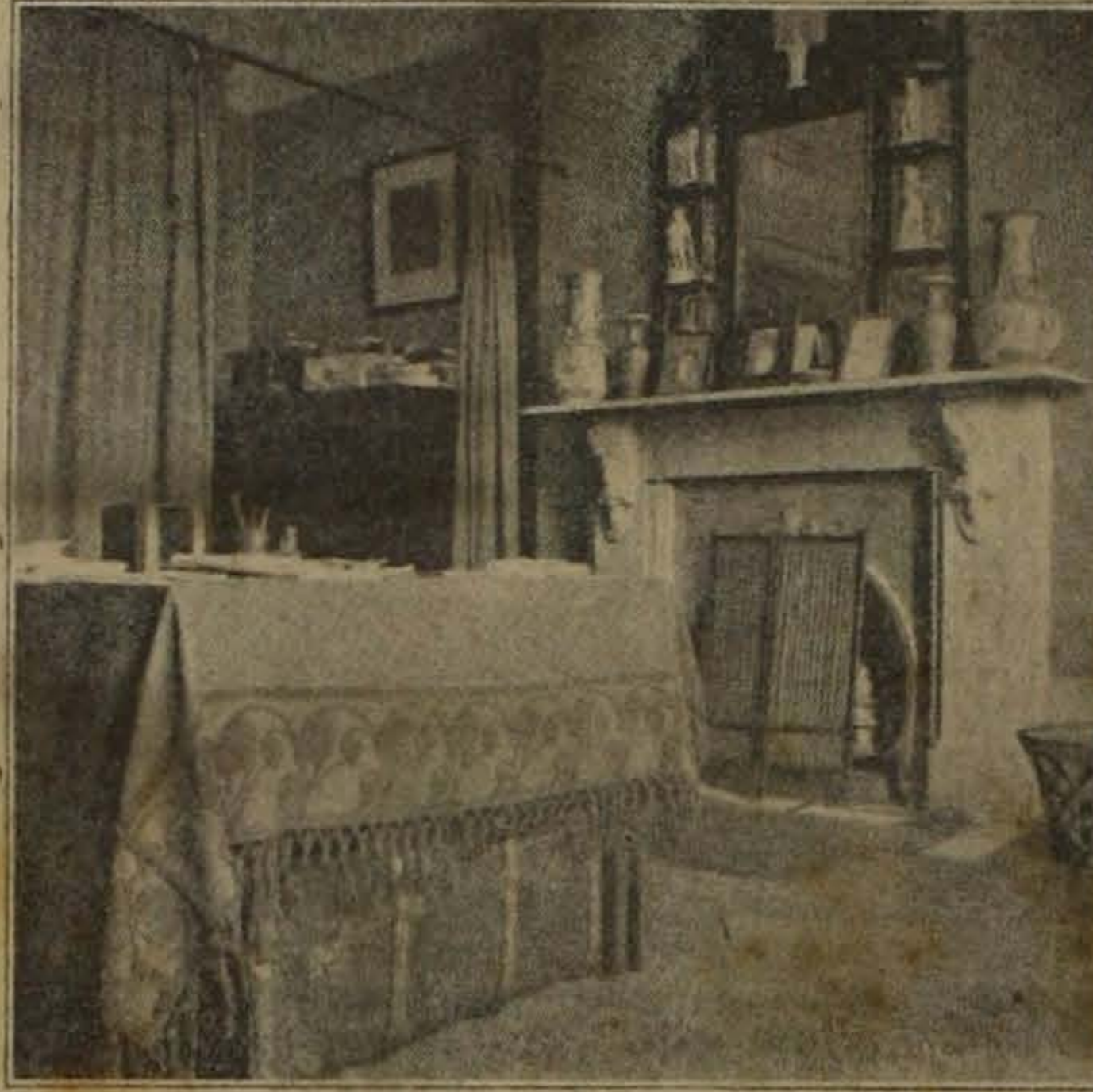
= De Número. Buenos Aires =

Son tres los testimonios sobre Hudson: el de su obra, el de Morley Roberts, el de Edward Garnett.

Roberts pretende librarnos la intimidad de su amigo; Garnett quiere convencer a sus lectores de que su amigo es un genio. Roberts se esfuerza por sacar de su memoria los testimonios que pueda ofrecer para mostrar aquella grandeza en privado (y en efímero). Garnett empeña toda su ciencia de crítico para que las obras de Hudson rindan al lector el testimonio de cuán grande fué quien las hizo. La obra de Hudson la tenemos a mano y se nos la puede exaltar, a fuerza de análisis, de consideraciones, de sugerencias. Pero la vida cotidiana necesita sernos evocada a través de muchas anécdotas, de muchas frases sabias, para que se la tenga por grande. Mientras la bella obra de letras puede no tener una sola bella frase, la vida tiene la necesaria vulgaridad del gesto, del rasgo, hasta del chiste. La vida del más distinguido vividor, como ser Oscar Wilde (de quien se dijo que puso su genio en la vida y sólo su talento en sus obras), es menos fina que más de una de sus páginas de arte porque en ésta no hay un ademán. La intimidad de Hudson en su vejez, en la evocación de Roberts, no reluce como de genio. Pero las materias en que se le hace opinar y el relator, no son como para fiarnos. Garnett sobresale porque prueba: el otro relata.

La obra misma de Hudson nos enseña: pero más sobre su cabeza que sobre su historia. Sabemos que no todo cuanto dijo fué para que le conociésemos. Que le creyésemos, sí, pero para escapárenos mejor. El encomio de Garnett es así más probante porque es exterior; se basa en lo cierto, es decir, lo hecho.

Hudson conoció a Garnett cuando fué a enterarse del destino de un manuscrito suyo, ofrecido a la casa editora Heinemann de la cual Garnett era lector de originales. La obra de Hudson era nada menos que "El Ombú" y fué rechazada, no por Garnett. Este opinaba que era una obra maestra, y se lo dijo a Hudson. El autor rechazado y elogiado, le miró como podía hacerlo desde su estatura. Y como podía hacerlo quien de nuevo fracasaba, sin un éxito de antes. Pero Garnett dejaba desde ese momento la editorial, y salieron con Hudson para almorzar juntos. De allí en adelante Hudson supo qué pensaba sobre cuanto escribía él, un crítico profesional, y no uno de los vulgares.



Cuarto en la calle No. 40 Luke's Road, en el que G. E. Hudson trabajó y murió

Fué importante para su obra futura que el juicio de Garnett fuese conocido por Hudson. Era un juicio inteligente, que desentrañaba principios en donde parecía no haberlos, y es de pensar lo que significaba para un autor de escaso éxito, ser manifestado en sus intenciones por un crítico así.

La influencia muy especial de este juicio en los primeros años, se explica, porque Garnett, como en una iluminación, aceptaba las doctrinas de Hudson sobre la naturaleza. Garnett sostenía que desde entonces era preciso sentir que esa naturaleza era verdadera, y, más, que todo arte deseoso de reflejarla debía inspirarse en tales doctrinas y moverse por tales sentimientos. Las otras naturalezas eran falsas: porque no estaban bien sentidas. Pero cada artista debía buscar por sí mismo la naturaleza, sólo que la clave ya estaba dada.

El crítico hacía triunfar al artista: y antes se le convertía en discípulo.

El juicio publicado por Garnett en 1903 elegía por tema precisamente lo que fué distintivo de Hudson: la pretensión de hallar un espíritu en las acciones aparentemente ciegas de la naturaleza. Era para él el tema de esos años y es seguro que el elogio del crítico le sentó más como confirmación de sus ideas que como apreciación de sus méritos literarios. Era el éxito de su genio, aunque no fuese el de sus libros.

Garnett escogió un ejemplo de entre los libros de Hudson. Quien no conociese nada de nuestro autor, acaso pensase

en un gustador de la crueldad, en un individuo que tuviese la frialdad de pintar el sufrimiento para sugerir que es inevitable y que su único remedio inteligente es intensificar el sufrimiento, para que se resuelva en algo. Pero quien ha leído a Hudson lo bastante como para conocerle, comprende que la elección fué maestra. Se está en el punto justo de que el gran naturalista repela a su lector nuevo cuando se comprende que esa es la única actitud posible para un hombre cuyo secreto revela Garnett así: "La fascinación secreta del modo de ver de Hudson, la fuerza real de su visión espiritual, surge de su negativa a separar la vida del hombre de la vida de la naturaleza".

"Cuando el polluelo del cuclillo (decía Hudson en aquella página) arroja fuera los polluelos de los nidos que están en árboles, cercos, matorrales, y cañaverales, las víctimas, por lo general, caen desde cierta altura al suelo, o en el agua, y no son vistos ya más por los padres. Aquí el pequeño petirrojo, al ser expulsado, cayó a una distancia de apenas cinco o seis pulgadas, y quedó en una hoja ancha, de un verde brillante, sobre la que era un objeto sobremanera conspicuo; y cuando la madre del petirrojo estaba en su nido —y entonces estaba en él la mayor parte del tiempo— calentando aquella su criatura espuria, cueri-negra, con algo de sapo, sus ojos brillantes, inteligentes, estaban mirando plenamente al otro, que estaba justamente debajo suyo, que ella había originado en su cuerpo, y había incubado con su calor, y era de su propio ser. La espí durante horas: la espí cuando calentaba al cuclillo, cuando dejaba el nido, y cuando volvía con comida, y de nuevo lo calentaba; y ni una sola vez prestó la menor atención al expulsado que estaba echado tan cerca de ella. Ahí, en su verde hoja, se quedó, enfriándose de a poco, hora por hora, inmóvil, excepto cuando levantaba su cabeza como para recibir comida, y luego la dejaba caer otra vez, y cuando, por intervalos, torcía el cuerpo, como queriendo moverse. Durante el atardecer aun esos ligeros movimientos cesaron, aunque esa debilísima llama de vida no estaba extinguida; pero a la mañana estaba muerto y frío y rígido; y justamente sobre él, sus brillantes ojos puestos en él, la petirrojo madre estaba asentada en el nido como antes, calentando su cuclillo".

Así es Hudson. Claro que no siempre pinta eso. Pero eso lo pinta así. Si eso lo ve y nos lo hace ver, terminado su oficio ¿se va a compadecer? ¿Nos va a buscar un resquicio para emocionarnos?

Lo primero en Hudson es encontrar la causa de esa actitud incomprensible del pájaro.

"Me parece que el caso hubiera sido dife-

(Sigue en la página anterior)